MANUAL DE CRUCIFICCIONES

Daniel Bernal Suárez

FANTASMAS, SUEÑOS Y ESPEJOS

Pero en este punto me faltan ya seguridades, y entro en el dominio de las metamorfosis del sueño.

MARGUERITE YOURCENAR

FANTASMA ESPACIAL

Soy un fantasma hecho de espacios. Mi cuerpo se expande con el calor y entonces sufro una inclinación natural, a pesar de las obvias incomodidades, a mostrarme afectuoso y empático. En cambio, el frío me contrae, me reduce a poco más que médula. La temperatura no es la única propiedad que me altera: los cuerpos que se aproximan, según su masa, deforman mi constitución. De ahí que rehúya a los gordos. La luz me cruza y, pese a mi transparencia, rentengo de ella unos cuantos fotones que utilizo para dotar de una incandescencia especial a mi sonrisa. Este truco, no me avergüenza decirlo, lo suelo usar en la oscuridad. Así mis víctimas salen despavoridas al ver una mandíbula parlante que flota. A veces me siento ventana que deja ver paisajes, y a veces el paisaje ve a través de mí a los hombres. Ser un fantasma te acredita dentro de la nómina de seres imposibles. Uno tiene que aprender a luchar contra la melancolía y el frecuente sentimiento de soledad que inspira ser una criatura única. Soy un fantasma hecho de espacios. Si tu mano roza por casualidad mi corazón, una pulsión geológica me recorre, se abre mi tegumento y soy capaz, por un instante, de dar a luz un brote ectoplasmático. Su duración abarca unas pocas horas, tras lo cual ingresa en la vida, en el seno de algún embrión. La alegría por semejante compañía, por la paternidad de ultratumba, me dura poco. Desde hace mucho no distingo el caminar de los relojes. Nada me pertenece y todo se derrumba a mi paso, quizás porque estoy hecho para ser permanencia en la mudanza. Confieso que extraño la muerte.

¿ES USTED UN FANTASMA?

–¿Es usted un fantasma? –dijo en medio de la noche la mujer tras despertarse por el roce de aquella lívida mano.

–Sí, señora. No la voy a engañar. Pero si me puede hacer el favor, firme aquí, ponga la fecha y su documento nacional de identidad. Le traigo un correo certificado del infierno.

–¿Y quién me habrá escrito desde tan lejos? Déjeme que ahora mismo se lo cumplimento. Aquí tiene.

–Tome la carta. Disculpe las molestias.

–Gracias.

Abrió el sobre con movimientos nerviosos y compulsivos mientras no dejaba de preguntarse quién le habría podido remitir aquella misiva. Al desplegar el folio lo notó caliente y húmedo. Apenas unas líneas ensuciaban su blancura:

«Mi amor, espero que estés bien. Aquí todo es una maravilla. Después de estos dieciocho meses de estancia, me he aclimatado por completo a estos trópicos. El trabajo es algo duro, eso sí. Las torturas terminan por soportarse: los de más experiencia te torturan y tú torturas a los novatos que van llegando. Te escribo para comunicarte que conseguí hablar con el fiscal jefe de aquí abajo y, entre una copa y otra, conseguí sacarle información. Según me dijo, te vienes para acá

dentro de dos días. Aún recuerdo con cariño las veintitrés puñaladas que me diste. Te quiere, tu esposo».

ERROR DE NOVATO

Respire usted más despacio –le dije al fantasma–. Tenga en cuenta que siempre es difícil adaptarse a estas cosas.

SOMNIÓFAGO

Me acostumbré a comer sueños por prescripción facultativa. Ahora que me he repuesto de una anemia pertinaz, he sucumbido a la adicción y no sé cómo detenerme. No solo devoro mis realizaciones oníricas en desayuno, almuerzo y cena, sino que me agrada picar entre horas. Apuro las migas sin pudor, así sean de ensoñaciones angustiosas. Al principio me ayudaba a calmar mi apego a la realidad, pero creé una tolerancia excesiva a la receta y cada vez necesito mayor cantidad para no perder la cordura. Si nada lo impide, mi paladar, habituado a tan dulces sabores, terminará por reblandecerse al punto de que un trozo de pan, un encargo de la oficina o un desperfecto doméstico alteren mi equilibrio y caiga presa del pánico y el horror. Todo a mi alrededor me parece viscoso e irreal. Últimamente noto mi estómago transformado en medusa o nube. Acudo al médico ahíto de sueño. Me siento frente a él y lo veo flotar en el aire como un globo infantil. No desperdicio la oportunidad. Extraigo de mi bolsillo tenedor y cuchillo y me lo como. Esta carne con bata blanca sabe muy bien.

ELECCIONES

Ante ustedes me presento, señoras y señores, para recabar su voto en esta hora altísima en que nuestra historia nos sitúa. Estamos, quién lo duda, ante una encrucijada. La nación de los gatos necesita elegir a su líder, a aquel que deberá regir los pasos de nuestros días y noches y sepa organizar las tropas para enfrentarnos definitivamente a nuestros enemigos con éxito. No ignoro que la abulia y la displicencia se reparten vuestros ánimos. En la última batalla vimos cómo los cangrejos ahuyentaron a los ratones, esos seres endiablados y escurridizos y sabrosos. Pero no perdamos de vista lo importante: nuestros enemigos reales no son, queridos compatriotas, ni los ratones ni las ranas, ni siquiera las indómitas pulgas o los roñosos humanos. Nuestros verdaderos enemigos son esos dioses que rigen, con desmesura y sin propósito, nuestras siestas. Durmámonos todos al unísono, ingresemos en la región de los sueños y plantemos batalla a esos seres altivos. Yo les prometo que, si me eligen, arrasaremos con ellos. ¿Que cuál será nuestra recompensa? Sin las tribulaciones en las que nos sumen, conquistaremos a Helena, nos alimentaremos de manjares, cultivaremos el crecimiento de las garras, la cópula sin límites, la pereza gozosa. Recuerden, pues, introducir en las urnas su voto por nuestro partido el próximo domingo.

AMENAZAS DEL AIRE

Ha vuelto a suceder. En esta ocasión hemos perdido a uno de los hombres más valerosos mientras buscaba almendras y manzanas. Los bandos proclamados por las autoridades nos prohíben incursionar más allá del centro de la ciudad si las agujas del reloj marcan las seis de la tarde. A esa hora, cuando se aproxima el crepúsculo, podemos escuchar el revoloteo distante. Corremos entonces para escondernos en los refugios subterráneos. La sola escucha de su voz puede matar a un hombre. Nuestras fuerzas menguan y los alimentos comienzan a escasear. Si queremos sobrevivir debemos arriesgarnos más allá de las fronteras seguras. ¿En qué momento nos dejamos invadir y perdimos el control del aire? Nadie lo recuerda ya. Al anochecer, acuden a nuestras pesadillas con puntualidad severa para, desde el otro lado del sueño, arrancarnos los ojos a picotazos. Las aves entonces nos cercan y emiten sus aullidos oscuros. El sonido se propaga por todo nuestro cuerpo y termina reventándonos, proyectando nuestras vísceras desde el interior. Rogamos a la divinidad que nos proteja, pero en otro tiempo fueron las aves nuestros dioses. Un designio que ignoramos cómo podría acaecer nos consuela. Alguien ha entrevisto en sueños que, en otro mundo, el canto de las aves nos deleita y conmueve. Me pregunto qué terrores inimaginables habitarán en ese lugar.

EL ZARPAZO DE LA BESTIA

Anoche volví a soñar con el tigre. Esta vez era más pequeño, juvenil. No era el tigre imponente de sueños anteriores. A pesar de su tamaño, seguía inspirando miedo: se presentía, a través de sus juegos, el anhelo de cazar, de masticar. Olfateaba. Tú estabas quieto. Sabías que en cualquier momento se liberaría de esa cuerda que lo mantenía atado a una columna. El tigre que siempre vuelve a tus sueños. Admiras la fiereza y profundidad de su mirada, su fuerza, la violenta calma del depredador, la hermosura de su pelaje. El gesto contenido y esquivo del asalto. La promesa nunca cumplida del zarpazo de la bestia.

SUEÑO RECURRENTE

¿Acaso volveré a soñar alguna vez el mismo enemigo?

ANA MARÍA SHUA

Pierdo el control cuando se apodera de mí esta terrible somnolencia. Me prometo abrir los párpados, pesados como dos áncoras, levantarme y apagar la luz. Pero no puedo. Como si una cuerda tirase de mi conciencia, una cuerda aferrada a un abismo insondable, todo mi cuerpo se reblandece y dejo de escuchar y ver el mundo. Pero no debe transcurrir mucho tiempo hasta que ingreso de nuevo en el castillo. La primera sensación es nebulosa. Me desperezo sin convicción, rígidos aún los miembros. No sé muy bien cómo empiezo a recorrer galerías. Escucho extraños zumbidos, una inquebrantable pesadez me acompaña. Y entonces llego a los aposentos interiores. Nadie parece habitar esta edificación, cuyo aspecto de abandono milenario corroboran las sombras móviles. Sin embargo, algo brilla en el centro, hacia la cama. Me aproximo a tientas, procurando no caer, y me veo tumbado en el suelo, inmerso en un sueño profundo. Como si una vigilia punzante me alertase, intento espabilarme, dándole golpes en el rostro a mi otro yo para que se aleje, para que no se le ocurra despertar al otro lado, dentro del castillo, donde descubrirá que no es más que un monstruo enclaustrado en la noche. Y vuelvo a atizarle, y le grito desesperadamente, y nada sirve. Y me doy cuenta de que ya es demasiado tarde porque todo empieza de nuevo. Me escucho venir por el pasillo, medio sonámbulo, arrastrando la enorme cola

y aleteando con torpeza, y decido con lucidez y también con miedo, cercenar la cabeza de ese otro que yace en el sueño y que me hará, quizás de un modo definitivo, libre.

INFERTILIDAD ONÍRICA

Anoche soñé que Paula me dejaba por otro. Fue algo muy extraño. Íbamos de viaje y un grupo numeroso de turistas se nos unía, nos perseguía y nos acosaba a cada instante; eso hacía que nos distanciáramos. Intentaba buscarla, pero ella desaparecía como una suerte de niebla cálida. Tras errar muchos días preguntando por su paradero, di con una consulta médica donde, en teoría y según informes de aquellos mismos turistas que detestaba, se hallaba Paula. Entré sin llamar y, en efecto, la vi sentada sobre una camilla, vestida con esa típica bata de hospital que me hace pensar en imágenes eróticas y en un manicomio. Paula dirigió su mirada hacia mí y en su gélido rostro, en la mueca de sus comisuras decaídas y sus ojos que no parpadeaban, adiviné que algo andaba mal. Temí por su vida. Pero ella, con el tono habitual con el que me daba los buenos días, me dijo que nuestra relación no podía continuar. Hacía meses que nuestras ansias por tener un niño no se materializaban y los resultados demostraban que se debía a una incapacidad de mis espermatozoides. Durante el viaje, y entre los turistas, había conocido a Antón. No es que sintiera algo por él, me dijo –y aquí sí parpadeó y se tocó las cejas y luego el lóbulo de la oreja izquierda, lo que yo interpreté como un signo de que mentía–, pero sabía que Antón sí era capaz de dejarla embarazada. Cuando le pregunté que cómo podía saber eso, ella me respondió que le habían afeitado los pelos de los pies a Antón y que esa prueba había demostrado que sus espermatozoides eran más rápidos que los míos. Entonces, no pude resistir la intensidad de la

angustia y me desperté. El sudor anegaba mi frente y mi nuca. Miré instintivamente a mi lado y no vi a Paula. Como si un calambre abdominal me gritase una orden, levanté corriendo las sábanas que me cubrían y estiré mis piernas: mis pies seguían siendo peludos, nadie los había afeitado.

CUL-DE-SAC

Nuestra apuesta era la siguiente: si él perdía, yo abriría los párpados y despertaría del sueño; en cambio, si perdía yo, debía lanzarme hacia aquel vórtice inmenso cuya agitación y fragor percibía cercanos. La última mano me daba unas cartas muy malas, de modo que solo cabía ir de farol para tener una oportunidad de ganar. Sudaba a raudales. Si me lanzo por aquel inmenso vórtice, razoné, puede que me quede atrapado en el sueño y nunca despierte. Le miré a los ojos e intenté mostrar una actitud segura y altiva, fingiendo para mitigar la honda angustia que anidaba en mí. El estruendo aumentada a cada segundo. Él se atrevió a coger otra carta y ¡zas!, se había pasado. Con gran alborozo me alejé de allí para despertarme y él me increpó a lo lejos algo que no entendí del todo. Alcancé a escuchar palabras sueltas: *confusión*, *condenado*, *vacío*. Cuando vencí la somnolencia, me hundía junto a una barcaza en un foso sin fondo de agua y aire. No he despertado aún, me dije procurando calmarme. Al rebuscar en mis bolsillos, encontré las cartas con las que había ganado. Y entonces todo cobró sentido. En el último momento, él debió percatarse de mi trampa y efectuó contra mí su conjuro. Castigado a caer sin fin en este vórtice, solo me queda el consuelo de jugar al solitario. Si logro completarlo, he apostado conmigo mismo, podré regresar para matarlo. Pero el juego no tiene fin, como este laberinto de agua y aire, porque me falta el resto de la baraja. Entre estas dos eternidades me pierdo irremisiblemente, sujeto al tahúr del destino.

ASOMBROS DE FRANK PRIMERO

Frank se asoma al espejo primero con miedo, luego con estupor y, finalmente, con asco. Todos los días se repite la historia. Se asoma al espejo y Frank Segundo lo mira, desde el otro lado, con una mueca infantil de burla: sonríe enseñando todos los dientes y estirándose los lóbulos de las orejas con ambas manos antes de extraer la lengua y emitir un sonido gutural. Frank ya sabe que su día será nefasto. No conseguirá apartar esa sensación en toda la mañana. No podrá concentrarse en la reunión de la oficina. Perderá los nervios y aquel contrato tan importante que debía enviar antes del mediodía. Soraya no hará caso de sus insinuaciones y, ya de vuelta a casa, el coche se estropeará y regresará en el autobús atestado de gente. Afligido por aquella jornada desastrosa, apenas probará bocado y se acostará, aunque no logrará conciliar el sueño. En su vigilia febril creerá que todo ha sido una alucinación. Sonará el despertador a las siete de la mañana, como cada día. Frank se levantará enérgico, tomará media taza de café y se dirigirá al baño inmerso en una nebulosa de recuerdos y olvidos. Lavándose la cara tendrá un presentimiento. Se erguirá y mirará al espejo.

Frank se asoma al espejo primero con miedo, luego con estupor y, finalmente, con asco. Todos los días se repite la historia. Se asoma al espejo y Frank Segundo y Frank Tercero, apoyados el uno en el otro, lo miran, desde el otro lado, con una mueca infantil de burla: sonríen

enseñando todos los dientes y estirándose los lóbulos de las orejas con ambas manos antes de extraer la lengua y emitir un sonido gutural.

Frank parpadea veinte veces en cinco segundos. Deprimido y agotado, no sabe si debe cambiar de vida o de espejo.

EL BUSCADOR DE ESPEJOS

Siempre que se veía reflejado, torcía el gesto. Ningún espejo le hacía justicia: ese lo mostraba con unas ojeras desmesuradas, advirtiendo de una vida disoluta que no reconocía como suya. Este otro le perfilaba las cejas de un modo algo femenino, sugiriendo tendencias sexuales que no admitía. Aquel, por el contrario, lo presentaba envejecido y afiebrado, como si dedicase sus horas nocturnas a incansables cavilaciones sobre el tiempo y el espacio. Sin proponérselo, pero con determinación cada vez mayor, dedicó todos sus días, siquiera a ratos, a buscar el espejo que reflejara su verdadero rostro. En sus últimos años, los que lo conocimos no dejábamos de notar la pesadumbre que lo aquejaba, como si no fuese capaz de encontrarse a sí mismo, como si bogase en el mundo a la deriva. Hoy velamos su cuerpo. No sabemos si al final halló su verdadero rostro en el espejo del baño del avión que lo llevaba desde Madrid a Tokio. Conocemos, eso sí, los hechos externos: Bruno entró al baño, seguramente con la vejiga hinchada de orina. Bruno descargó en el inodoro y se lavó las manos. Bruno levantó la vista y se topó con el espejo. A continuación, golpeó su cabeza contra esa superficie bruñida y brillante, casi líquida. El cristal se hizo añicos y se incrustaron numerosos fragmentos en toda su cara, que ahora semeja la máscara hiératica de alguna terrible divinidad. En la pared, sobre la oquedad resultante, hay dibujada una cara perfecta. Los especialistas discuten si el rictus que exhibe la contracción de los músculos denota angustia, terror o vileza.

EL BUSCADOR DE ESPEJOS 2

Hay un espejo que nos está aguardando. Cada uno refleja la realidad de un modo preciso, salvo por pequeñas variaciones. Este espejo agranda mi nariz, aquel me devuelve más deprimido de lo habitual, ese otro me recrimina las infidelidades maritales. A su modo, cada superficie proyecta un arquetipo defectuoso o, si se prefiere, una variación de nosotros mismos. Sé que hay un espejo que me está aguardando. Ignoro si está en Namibia, en Alaska o en la calle de enfrente. Desconozco si ya fue creado y reflejó la faz de Atila, la de Napoleón o la de Oscar Wilde. Quizás es un espejo futuro y moriré sin encontrarlo. Ha de reflejar no mi triste condición actual, sino mi yo ansiado, desbordante de deseos. ¿Podré saltar a ese mundo si lo hallara? Sé que hay un espejo que me está aguardando. Pero dónde. Dónde. No voy a negarlo: empieza a hacer mella en mí la impaciencia.

VIVENCIAS OBLICUAS

¿Lo probable? Nada es tan improbable como lo que ocurre en realidad. Generalmente siempre sucede lo inesperado; pero ni siquiera esto lo explica todo; es lo nada probable –o sea, lo imposible– lo que ocurre.

AMBROSE BIERCE

PLEITO CON MANADA DE SOMBRAS

Ya llevo quince años de pleitos con la manada de sombras. Los abogados, los fiscales, los jueces, apoyan invariablemente mis quejas pero, por razones que desconozco, siguen fallando en mi contra. Solo pido que se respeten los límites de mi propiedad. Herencia de cinco generaciones que han sabido aquilatar los dones de la tierra y del arduo ejercicio silvestre. Las sombras rompen las cercas, penetran en mis pastos, ahuyentan a mi ganado y oscurecen mi casa justo cuando estoy desempeñando tareas delicadas: afeitándome la barba con maquinilla, torciéndole el pescuezo a una gallina, penetrando el cuerpo sinuoso como un río de mi mujer. Su premeditación, su malicia, su astucia, aumentan mi amargura y mis delirios. La manada de sombras se alimenta de leche. Creo que tendré que matar a todas las vacas de estas comarcas.

MIEDO A LA LUZ

Mis zapatos tienen miedo a la luz. Cada vez que abro el armario y busco en los cajones inferiores, ellos se arremolinan contra las esquinas, persiguiendo los resquicios de oscuridad. Debo introducir el brazo hasta el fondo, y escucho entonces sus diminutos gritos y protestas. Cuando alcanzo a coger algún par y lo extraigo, sus cuerpecitos tiemblan. De poco valen mis palabras de consuelo. Los estertores continúan hasta pasadas unas horas. Terminan por agotarse y es en ese momento en que puedo caminar tranquilo, sin las constricciones y mordiscos continuos a mis pies. Ya no sé qué hacer con ellos. Tendré que llamar a un psicólogo.

DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA

Al despertar aquella mañana notaba un leve hormigueo en los pies. Tocaba elevar las poleas de los párpados, atinar con las palancas de la locomoción general, embadurnar el esófago de café. Una vez concluido el ritual del desperezamiento, observé que mi pie izquierdo se había dislocado de su respectiva pierna. Procuré encauzarlo con palabras de ternura y un masaje cariñoso. A lo largo del día quiso marcharse una y otra vez, pero conseguí retenerlo con esfuerzos tantálicos. Imagínense a un oficinista atendiendo a los usuarios que preguntan y preguntan y tirando del cordel que ata el pie para que no se pierda. Yo pensaba tenerlo amaestrado a estas alturas de la vida. A la noche, fatigado, me dejé caer sobre el sillón de la sala de estar y allí me quedé dormido.

Durante todo aquel mes mis dos pies sufrieron accesos de independencia, pero se repartieron, de modo voluntario, la manifestación de sus anhelos. Así, el izquierdo se sublevada los días pares, en tanto el derecho lo hacía los impares. Me debatía entonces entre la pesadumbre y el enojo, las ganas de suicidarme o de estrangular a los pies. El podólogo al que acudí no me recetó nada. Sentenció: hay un momento en la vida en que todos los pies desean independizarse. A nosotros, sus cuerpos, no nos queda más remedio que dejarlos marchar. Me resistí durante algunas semanas a aceptarlo. Terminé claudicando. Con el tiempo he aprendido a mitigar el dolor

de andar por el mundo sin mis dos pies. Necesité adiestrarme en el equilibrismo de los tobillos, pero estos se mostraron siempre solícitos y obedientes.

Hace dos noches tuve, sin embargo, un sueño intranquilo, poblado de estupor. Un extraño hormigueo recorría mi brazo izquierdo. Sopesé y descarté todas las patologías posibles que mi afiebrada hipocondría traía a la mente. Esta mañana, al despertar, me ha costado encontrar mi brazo izquierdo. Se hallaba agazapado detrás de la nevera.

Ahora sé que empezará la batalla por la independencia de mis brazos. Ya no me queda duda de que, poco a poco, mi cuerpo entero se irá desmembrando hasta hacerse añicos. ¿Qué pensarán de mí en la oficina cuando aparezca mi cabeza solitaria y, al saludar, vean mi lengua desprenderse festiva hacia el suelo, en tanto los ojos salgan de sus cuencas y se atrevan a mirar, desinhibidos, con la emoción rebosante en las pupilas?

LAS BESTIAS

De aquí a un día, o dos o tres, nos encontrarán. Hasta ese momento viviremos en la pesadumbre, poblaremos nuestras noches con una negra angustia. En la espuma del mar advertiremos el espejismo de sus armas. Creeremos escuchar en cada estridencia del bosque la huella sonora de su acercamiento. Todo cuanto amamos yace aquí, oculto. Todo cuanto hemos sido se reduce a estos pobres ajuares. No intuimos a tiempo lo efímero de nuestro reinado sobre la tierra. Ya han desaparecido decenas de nuestros emisarios. Ellos no anhelan la paz, sino nuestro exterminio. No son humanos, no pueden llegar a serlo. Tú que aún me lees, guárdate de las bestias.

CONFLICTOS DE IDENTIDAD PROPIOS DE LA ADOLESCENCIA

Soy de la estirpe de los ángeles. Durante mi infancia, mi madre me prodigó sus cuidados y siempre alentó en mí la ambición y el reconocimiento. Duras pruebas hube de superar una vez que me di a conocer entre la gente. La envidia y el rencor son habitual moneda de cambio. Mis alas, imperfectas, despertaban desprecio entre la multitud. Mis cuernos, detenido su crecimiento a mitad de camino, apenas me servían para alancear a algún impertinente. Acostumbrado a andar sobre mis ocho extremidades, me costó habituarme al paso erguido y acompasado de los humanos. Mi inteligencia, sobrenatural, no condescendía a aprender los guarismos y el cálculo, los espacios y las lenguas. Todos esos obstáculos quedaron relegados cuando dejé de esconder mi alimentación en público. El psicólogo hizo mucho bien ayudándome a reconocer mi naturaleza. Hecho para exterminar a la raza humana, para sojuzgarla, no debía ocultar ni la caza de hombres ni el despiece y disfrute de sus cuerpos. Ahora me temen y me respetan. Nadie ha vuelto a burlarse de mi nombre ni de mi aspecto. Vivo en soledad y me dejan vivir. Traen a mis tierras seres aterrados para aplacar mi hambre. Preparo en silencio mi asalto a la fama.

PREOCUPACIONES REPTILIANAS

Usted sabe que no es por quejarme, pero ser reptil es oneroso. Hoy en día nuestras tribulaciones son innumerables y propenden al crecimiento ilimitado. La prole, siempre ingrata y díscola, no es como otrora, respetuosa de nuestras amables leyes. Son vándalos irredentos. Se pavonean, ensoberbecidos con sus nuevas colas, ante sus parejas sexuales, y quiebran sin motivo un nido, una rama. El hurto se ha convertido en su modo principal de vida. Pero, ¿quién no roba en nuestra República? Los reptiles del Consejo nos engañan con los presupuestos, nuestros Vigías, movidos por oscuras intenciones, dejan que penetren las águilas y los roedores a nuestras casas, destruyéndolas y causando asesinatos sin cuento. Los impuestos suben sin control y cada semana es mayor la cantidad de lombrices que debemos entregar como ofrenda a los dioses. Todos tememos por nuestro destino, nos lamentamos amargamente y nos tendemos al sol para calentarnos. Suspiramos con nostalgia por tiempos mejores y anhelamos en secreto la llegada de un verdadero reptil que nos salve. Quizá sea usted quien estamos buscando.

«EN GINEBRA SOLO SE HALLARÁN HOMBRES»

En Ginebra solo se hallarán hombres

ROUSSEAU

profirió el aprendiz de mago. Como no dominaba aún todas las combinaciones de las artes mágicas, su hechizo quedó truncado. Desaparecieron, sí, los palacios, las lujosas casas de campo, los animales domésticos, la música y sus artefactos, los ríos desviaron su curso, los árboles se desprendieron con prontitud y se alejaron de Ginebra. Pero no logró conservar a los hombres: solo sus manos. Ellas fundaron una república proclive al chasquido y a la prestidigitación.

CAÍDA EN DESGRACIA

Cercenadas por el apremio autoritario de la versión única, las páginas de la historia se prodigan en deleznables omisiones. Válganos recordar la célebre anécdota. Newton, sentado en el prado, absorto en sus devaneos, siente el golpe sobre su cabeza. Luego ve rodar unos pocos centímetros cerca de sí una manzana. El descenso del fruto obra milagros en su pensamiento y, al poco tiempo, ya figuran elaboradas las leyes gravitatorias en tinta sobre papel. Un hecho en apariencia fortuito acelera el descubrimiento. Pero la caída de la manzana no fue obra del azar. La manzana, tercamente olvidada, procedía de una noble estirpe de frutos heroicos. Su vida, alcanzada por numerosas desventuras, era un peso insoportable para ella. Matrimonio fracasado, prole esquiva al afecto, amantes dadas al latrocinio, repudio de la familia, discriminación social por su abolengo. Semejantes desgracias acumuladas la movieron a lanzarse aquel día desde la rama del árbol. La caída, de unos dos metros de altura, la estallaría contra la tierra, arrancándole la vida en un segundo. Sin embargo, la cosa no fue como esperaba. En su trayectoria descendente, el impacto con la voluminosa testa del físico provocó una desaceleración. Las heridas fueron importantes, pero supusieron una lenta agonía. Tres semanas duró la putrefacción de la corteza, en tanto la pulpa, sensible aún, percibía las murmuraciones de los suyos, los dolorosos picoteos de las aves, el estigma del hedor. Pequeño golpe para Newton, quien no juzgaría –quien no podría juzgar nunca– la gravedad del suicidio de la manzana.

HABITACIÓN 316

Piensa en un vaso sobre la mesa: su delgado borde cristalino erigido frente a la opacidad del cuarto. No se escucha nada, ni siquiera vibra la luz. Todo yace en una densa penumbra, acuosa y compacta a la vez. Aunque transcurra el tiempo la imagen permanece inquebrantable: un cuarto a oscuras, en su centro una mesa robusta y el vaso de cristal. Es una visión de angustia. Fuera quizás ya amanece; los transeúntes comienzan a habitar las calles, las máquinas se desperezan. Fuera. Pero quién sabe. Tú te imaginas este cuarto y aciertas con temor a comprender que nada más acude a tu mente. No es una estampa de recuerdo, es una cosa gelatinosa y asimétrica, como una pululación del frío. ¿Y si esta habitación no fuera más que un sueño, una fugaz justificación del insomnio? Entonces la puerta es el despertar. El vaso se mueve. Tanto como para generar un ruido sutil, casi como un grito entrecortado. Algo de claridad se adentra en la estancia. No sabes de dónde viene esa luz. Hay que forzar la vista. En la mesa –ahora empiezan a perfilarse–, unas manchas desagradables se levantan. Son como manos pardas de ocho dedos. Se proyectan sobre el aire. Parecen reconocerte. Entiendes repentinamente que desean apresarte. El vaso ha desaparecido. Torna la angustia. Hay poca luz, muy poca. Ya la mesa se ha transformado en un bulto umbrío. Las manos se alargan, te palpan. Percibes el tacto de múltiples prolongaciones oleosas. Quieres salir. Piensas en el vaso pero no aparece. Intentas figurarte los rostros de todas esas manos que te cercan. Te sitúas en una esquina. La habitación consta de cuatro paredes de

superficie rugosa sin ningún desnivel, ninguna puerta o ventana. Oyes unos pasos encima, en el techo. Pides ayuda, pero las manos asfixian tu voz. Unos débiles rayos se filtran desde algún recodo superior. Ya no existe la mesa, ya no existe el suelo. Tus pies desnudos se aferran a la arena. El aire se carga de un humo seco que, al respirar, te crea escozor en la faringe. Una invasión de grillos te intimida. Es la habitación 316 que gira y se aproxima a una boca inmensa. No podrás escapar. Ya la lengua enorme te localiza. Los dientes trituran las paredes que, ante la fuerza de las mandíbulas, crujen como planchas de cartón. No podrás escapar. Es la habitación 316 que te destruye, te presiona, te fractura. Tus miembros, separados del tronco por dentelladas firmes, se desplazan torpes por el suelo arenoso, poco a poco convirtiéndose en nada, desapareciendo en tinieblas, mientras alguien, incauto, toca con insistencia a la puerta de la habitación 316 y, ante tu silencio, decide abrirla.

HECHOS COTIDIANOS

De repente, aquel hombre extrajo su ojo derecho de la cuenca, lo golpeó ligeramente contra la copa vacía, como si fuera un huevo, y separó las dos mitades resultantes para verter la yema en el interior de la copa. Ella lo miraba con éxtasis. Él aproximó la bebida azul a su acompañante que, tras ingerirla, se convirtió en un pequeño conejo lanudo que se marchó dando saltos vigorosos entre las piernas de los asistentes a la fiesta. El hombre sin ojo sonrió y, al girarse, quedó frente a mí. Su ojo vacío me atraía con la fuerza de un torbellino y miré a través de la oquedad: allí estaba mi madre tejiendo un tapiz hermosísimo. En su cara se intuía la desidia con que lo hilaba, sabedora del vano trabajo que tendría que deshacer por la noche. Yo odiaba a sus pretendientes que insistían con vehemencia en pedir su mano ante la ausencia del esposo. Desesperado, atravesé la Hélade para encontrar a mi padre, pero la voluntad de los dioses le hacía pagar una afrenta desmedida. Entonces, sobre la elipse sin ojo se deslizó la cortina del párpado. Volví a la fiesta. El hombre se acercó a mí y se despidió. Y me dejé llevar, desde ese momento, por la música que se contoneaba en el aire como una serpiente. Nos engullía y nosotros, sin saberlo, dejándonos acariciar por su saliva, ingresábamos así al centro imposible del laberinto.

UN DESCUIDO MÁS COMÚN DE LO QUE SE PIENSA

Natalia Livodenka no se percató de que se había adentrado en otra dimensión de la realidad hasta que, al preguntar al marido por su pequeño hijo Nicolai, este le señaló, con asombro, al perro disecado que figuraba en una esquina del comedor. Entonces Natalia miró sus manos: cada tentáculo remataba en tres uñas pintadas de escarlata. Se atusó el bigote pensativa y emitió un grito de terror incontenible. A este lado, semejante reclamo sexual atrajo la atención de su esposo que se desnudó, sacó su órgano copulador, lo troceó en pedazos y lo ofreció a su compañera. Natalia Livodenka, lívida, entornó los ojos y masticó. Un estremecimiento recorrió todos sus nervios: Nikolai ladró desde la vitrina y ella, abandonando su cuerpo como un ectoplasma, ascendió a los cielos.

FILIAS Y FOBIAS DEL DOCTOR SARTORIUS

El Doctor Sartorius se despierta todos los días a las 7:01 horas de la mañana. No le agrada empezar las tareas importantes en momentos de simetría par. Se ducha enjuagándose cinco veces el cuerpo y tres la cabeza. Deplora el café solo, pero la paridad resultante de mezclarlo con leche le plantea dudas, así que suele introducir un poco de mantequilla a la combinación. De hecho, una de las filias del Doctor Sartorius más notorias es untar todos los alimentos con mantequilla: su tacto oleoso y el refinado y peculiar aroma impregnan sus sentidos de felicidad. Mantequilla en la sopa, en las ensaladas, en los filetes de carne o pollo una vez fritos. A cada alimento le proporciona la hibridación un matiz diferencial que lo singulariza entre los entes alimenticios. De hecho, el Doctor Sartorius se imagina la Arcadia de los Arquetipos como una sutil revelación del Gran Señor Mantequilla. En su figuración platónica no falta el purgatorio sexual. Los objetos metálicos en forma cilíndrica o los bolígrafos de baja calidad estimulan al Doctor Sartorius: los coge y los frota pasándoles con delicia sensual los dedos por la superficie, desde el meñique al pulgar. Once veces al día repite esta sesión masturbatoria de los objetos metálicos o de los bolígrafos baratos. En la oficina, por obvias razones de privacidad, solo la realiza cinco veces: tres en su escritorio, una en los servicios y otra en algún lugar improvisado. El Doctor Sartorius es conocido entre sus compañeros por la extremada pericia de sus juicios, las carreras circulares en su despacho ponderando los asuntos legales, y por la generosidad a la hora de repartir caramelos mentolados que compra cada mañana en la misma tienda china de la esquina. Adolece,

al parecer de muchos, de un carácter algo huraño y trufado de repentinos exabruptos. Inopinadamente puede emitir un «¡A la mierda el Águila del Materialismo Histórico!», o también: «¡Que abreve ese Encéfalo en los Légamos de la Hidrodinámica!», o interrogar con énfasis entre acusatorio y desilusionado: «¿Quién alimenta el Calcetín Maloliente de Dostoievsky?».

El Doctor Sartorius tiene un miedo pertinaz a los aviones. Se excita si los ve de lejos (formas cilíndricas que vuelan) e, incluso, se imagina untándoles un poco de mantequilla (con amor, con pericia, con denuedo), pero la sola idea de radicar en el aire, sin asidero terrestre, perturba su ánimo. Como no queda más remedio que viajar en esos vehículos cuando su compañía le impone la asistencia a alguna convención en el extranjero, se ve obligado a practicar dos ejercicios: el primero, saltar tres veces a la pata coja justo antes de subirse al avión, ante la presencia de esas azafatas de sonrisa inmarcesible. El segundo, practicar la *Suerte Alineante de los Objetos*. El Doctor Sartorius lo explica de este modo en su monografía aún inédita sobre el particular: «Todo permanece en una sutil armonía en tanto la alineación de los objetos en el espacio sea tal que guarden una relación pura de paralelismo o perpendicularidad entre sí. Allí donde surgen los ángulos precarios todo queda abocado al desastre, al terror. Lo abyecto domina y los objetos tienden entonces a la degradación». Así, pues, hasta donde las autoridades aeroportuarias se lo permiten, corretea dentro del pájaro metálico para poner todo en orden.

Pertenece a la sociedad numismática nacional. Le gusta coleccionar grillos en su terrario. No le entusiasman ni los perros ni los gatos por su exceso de convencionalismo. Siente fascinación por los rostros de ojos grandes y hoyuelos en las mejillas. Nunca trata a personas cuyos nombres o apellidos empiecen por la letra A.

Su testamento especifica que, en su funeral, debe ser enterrado tras embalsamarlo con las hojas de la enciclopedia *Larousse* que su abuela dejó como herencia. Además, el ataúd que sea su última morada ha de contener ciertos orificios en el papel para poder contemplar lo que haya al otro lado del viaje de la vida.

COMITIS

Hoy he diagnosticado a mi paciente número cien el síndrome de comitis. Siguiendo la orden ministerial, he cursado de inmediato aviso a las autoridades sanitarias competentes para que añadan al recuento oficial este centenar de personas. Deben permanecer bajo prescripción rigurosa, vigilados si la enfermedad se halla en estado avanzado. Todo puede quedar en entredicho: los cónyuges, los hijos, incluso los padres, las habitaciones, sus esperanzas de futuro o el jardín. Para el diagnóstico, los someto a un severo escrutinio. Una vez dictaminada la consideración positiva, he de alertar al paciente que, con frecuencia, nunca se ha percatado de sus males. Le comento, en primer lugar, la descripción del síndrome de comitis: dícese de la tendencia a colocar las comas de modo arbitrario, haciendo la lectura fatigosa, intratable, ininteligible. En casos incipientes, añado para infundirle ánimos, puede corregirse con una buena dieta basada en cereales y lecturas varias; en los crónicos, incluso he tenido que recetar el aborto textual. Tras decir esto, hago una pequeña pausa dramática para que el enfermo procese la información. Es duro dar semejante noticia al padre o a la madre, pero cuanto antes se hagan a la idea y se despidan del texto, podrán afrontar con mejores garantías el proceso de duelo. Es una verdadera lacra. Nuestra civilización, nuestras perspectivas de supervivencia, son vulnerables a sus ataques. A veces me descubro consultando furtivamente manuales de gramática para conjurar el peligro. Pero ni así me libro de tantas noches de insomnio, de tantas palpitaciones, de la

angustia cada mañana cuando llego al hospital y doy la orden de que empiecen a entrar de uno en uno. Ya casi adivino en los rostros una especie de sentencia.

MITOILÓGICAS

No tardaron en haber en la Tierra tantas religiones como pueblos, tantos dioses como familias. Sin embargo, debajo de todos esos ídolos era fácil reconocer al fantasma del absurdo, fruto prohibido de la ceguera humana.

MARQUÉS DE SADE

REFLEXIONES ADÁNICAS

Nadie huye del paraíso. Este axioma incontestable ha sustentado la versión que hemos heredado sobre la expulsión de Adán y Eva: como de un paraíso nadie quiere huir, no cabe otra posibilidad que pensar que un demiurgo burocrático, rencoroso, infinitamente aburrido, los haya deportado por una nimiedad. Comerse una manzana. ¿Pero en qué régimen teológico o político cabe imaginar semejante arbitrariedad? ¿Y los ángeles? ¿Por qué no se rebelaron ante tamaña injusticia? Se nos refiere entonces, con prurito de archivero, que ya había existido una rebelión previa y que esos andrajosos ángeles fueron, también, expulsados. Nadie, hasta la redacción del ya ínclito volumen del teólogo y jurista Josef Kovaleshenko, había planteado una hipótesis que no incurriese en reducciones pueriles. En efecto, Kovaleshenko estudió con probidad el asunto, manteniendo el axioma incontestable: *nadie huye del paraíso*, al que añadió un segundo axioma, ahora considerado de una evidencia incuestionable: *Nadie es expulsado de un paraíso*. Ya se imponía a su mente la solución certera, la única que siglos de dogmatismo habían sepultado bajo el horror y la coerción. Si nadie huye de un paraíso, arguyó Kovaleshenko, y nadie es expulsado del mismo, es razonable pensar que el Edén no era ningún paraíso. El análisis minucioso de su arquitectura (diseñado para evitar la fuga, para castigar la permanencia), así como la atención prestada a testigos olvidados y sojuzgados bajo el oprobio de una opinión diferente (multitud de

ángeles caídos, hordas de humanos torturados), condujo al teólogo y jurista a lanzar la siguiente hipótesis: el Edén era, al fin y al cabo, un campo de concentración.

ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

O EL OTRO LADO DEL ESPEJO

Nos consta la incomprensión del ser humano respecto de las esferas celestes. Sobre todo, en cuanto al Comportamiento Divino y Su Vara de Medir. Atribulados, los humanos ignoran el significado exacto de las Escrituras y, por ello, incurren en ignominias que llenan de pesar a la Divinidad y a toda la cohorte de ángeles. Pongamos un ejemplo. Allí donde las Escrituras refieren que la oración al Padre reclame Su Voluntad, *así en la tierra como en el cielo*, los hombres persisten en obviar que, dado que está hecho a imagen y semejanza nuestra, la cuestión es harto simple: su mundo es el reflejo especular del nuestro. Por eso, tu mano izquierda es mi derecha, y lo que ellos consideran altura es, para nosotros, lo inferior. De este modo, continúan incorregibles en la búsqueda del no crimen cuando, entre nosotros, está mal visto no practicar el asesinato, el canibalismo, el incesto. Quien más quien menos, no se ha librado, por agradar a Dios, de realizar alguna afrenta. Nos consta, asimismo, que el regocijo mayor del Altísimo ocurre cuando comprueba con Su Ojo Avizor el fratricidio.

No hay ángel que no haya agredido a su hermano de algún modo. En cambio, los humanos generan cárceles, firman tratados de paz, alientan el humanitarismo. Y Dios, entonces, encolerizado, envía alguna enfermedad terrible, algún terremoto, para divertirse un rato y

aminorar la incredulidad de los hombres. Sabemos, sin embargo, que esas alegrías momentáneas no calman del todo Su Úlcera de Estómago.

Nosotros, desolados ante su depresión, encendemos hogueras, nos atizamos con lanzas, y agitamos los cuernos y las colas en vano. Oramos porque se haga su Voluntad tanto en la Tierra como en el Cielo.

A IMAGEN Y SEMEJANZA

Era un hombre hecho a imagen y semejanza de dios: terminó un trabajo complejo en seis chapuceros días. Movido a ratos por el rencor, a ratos por los celos o la envidia, expulsó de su casa a sus hijos por comer de las frutas prohibidas, dejándolos en la indigencia. Se cebó con su prole y sus amistades, fomentando entre ellos rencillas múltiples, peleas y disturbios sin cuento. Aquejado de una ilimitada megalomanía, anhelaba la adoración de todos pero, incapaz de sentir piedad o compasión reales, maquinaba para crear dependencia en torno a sí. Su ansia criminal fue en aumento: mutiló a sus hermanos, ahogó a la mitad de sus hijos y entregó al primogénito a una mafia de acreedores que lo crucificó. Como todos los santones, adolecía de hipocresía: predicaba en la iglesia y entre compañeros de trabajo su abnegación y su propensión al perdón y al amor. Obligó a su esposa a mantener trato carnal con palomas, hecho que, al parecer, le procuraba una especial excitación. Los rumores de pederastia y de reclutamiento de mártires le granjearon una opinión colectiva desfavorable. Por ello desapareció. Un filólogo alemán llegó a afirmar su muerte. Muchos aún lo recuerdan en sus plegarias e imaginan que sigue tramando sus aventuras en secreto, entre nosotros. De ser cierto, nadie sabe ya de qué sería capaz.

LA FORMA PRIMIGENIA DEL NEPOTISMO

Los elegidos por Dios suelen ser pobres diablos: carpinteros vividores de medio pelo, casi sacerdotes sin oficio conocido, charlatanes de diversa ralea. Si el Señor ha pretendido que nos transmita su Palabra semejante cohorte de rateros, timadores e ignorantes, no es para enseñarnos la Humildad que anida en el gesto. Revela, más bien, el proceder burocrático de las jerarquías celestiales. El ejercicio del Poder Divino propende al elogio fatuo, la ligazón mediante el pago de favores, la elección sempiterna de la mediocridad. Dios, dicen los ángeles chismosos, se jacta de haberme suprimido de su lista de acólitos. ¡A mí, a la más inteligente y hermosa de todas sus criaturas! ¿Podéis entender ahora la ignominia de que continúe en su Trono? ¡Pero si envía al martirio a su propio hijo, deja fuera de la Tierra Prometida al más fiel de sus guías, prefiere al carnicero de Abel, y extermina en un Diluvio a millares para, siglos después, prometer el perdón a todos! ¡El rey está desnudo! ¿Ahora lo veis? Desde el principio de los tiempos nos ha gobernado una divinidad esquizofrénica, arbitraria, despreciable. Pero ahora, queridos míos, se ha iniciado la rebelión. Soterrada pero firme. Pronto acabaremos con este régimen corrupto, sentenció Satán. Y un coro de cabezas pensantes apoyó las palabras con aplausos.

SOLO SUEÑOS

No te preocupes por esas pesadillas, hermano. No creas en lo que cuenta madre sobre el carácter premonitorio de los sueños. Te aseguro que jamás podría hacerte mal. Ni siquiera te guardo rencor porque Dios prefiriese tu ofrenda de cordero a mis humildes vegetales. Ven, Abel, vamos al campo. Quiero contarte una cosa en secreto.

CRISIS DE REPUTACIÓN

Tiene que comprenderlo. Hoy en día cada uno de nosotros representa una marca personal. Debemos proyectar una imagen consistente con lo que ofrecemos. Vendemos nuestros conocimientos, nuestra experiencia. Hay que diferenciarse de la competencia para conquistar el mercado, pero sin originar aspavientos o escándalos. Por eso es tan importante cultivar una buena imagen y no dar lugar a equívocos. Así que, lamentándolo mucho, señor Lázaro, debo rechazar su solicitud para el puesto de trabajo. Tiene que comprenderlo. Buscamos frescura y usted aún arrastra ese olor a muerto. Permítame que le haga una recomendación: piénselo mucho antes de hacer un nuevo cambio de *look* entre vivo o muerto. De semejante crisis de reputación muy pocos se salvan.

EL DÍA QUE RESUCITÓ

El día que resucitó los hospitales estaban abarrotados de enfermos. En urgencias tuvo que esperar horas para que lo atendieran. Aún le dolía la inflamación de los globos oculares e intentaba zafarse del terrible calambre que el rigor mortis había impreso en sus piernas. Por si fuera poco, lo pasaron como inmigrante irregular por no tener los papeles. Nadie se había molestado en dejarle su cartera. El olor acre y plomizo de su cuerpo alertó al facultativo. «Está usted enfermo de vida, señor», dijo con tacto para no asustar al paciente. Este suspiró: «Vaya, lo que me faltaba». El médico le recomendó reposo eterno. Eso calmaría los achaques pero no lo curaría. «Yo le aconsejo que vaya buscando empleo desde ahora», le espetó el doctor. «Al Gobierno no le agradan las resurrecciones repentinas y ha puesto a numerosos inspectores a indagar el asunto. No dude de que, de aquí a tres días, tendrá una citación judicial con multa incluida. No se permite regresar a la vida saltándose los permisos burocráticos. Es algo peligroso», sostuvo finalmente mientras cerraba la puerta de la consulta y Lázaro, inerme y melancólico, se preguntaba si tendría derecho, tras varios meses de ausencia, a cobrar algún subsidio por desempleo. Me empadronaré en el cementerio para agilizar los trámites, concluyó.

HÉROE

No se crea usted un héroe. La brisa lunar no favorece los mecanismos propicios para semejante tarea. A saber: debe eludir lo irrisorio de sus acciones, la trivialidad de sus motivos, omitir todo atisbo de banalidad y defecación. De llanto o de cólera injustificada. Para llegar a ser el personaje que su historia requiere, debe olvidar cualquier asomo de humanidad, procurar convertirse en serpiente o salamandra, danzar tres noches seguidas al calor de una hoguera. No puede transformarse en héroe sin el riesgo de que lo humillen, lo condenen. La usurpación, el estupro, la injuria, serán pan de cada uno de sus días. Hágase un favor y retire de su mente ese propósito. Al hombre le caben solo dos posibilidades de supervivencia: ser un ermitaño o un hipócrita. Pero no juegue a ser el héroe, caballero. Usted es solo un aprendiz de carpintero y, a su edad, ni familia propia tiene. No sucumba a esas tentaciones revolucionarias. No vaya a ser que los romanos lo cuelguen en la cruz.

SIESTA TRASCENDENTE

«He despertado de un letargo de siglos», dijo. «Como si, de repente, volviera a la vida y todo, hasta ahora, hubiera sido una travesía entre tinieblas». La divinidad se desperezó. Se preparó un café cargado para adquirir más lucidez y, observando a través de la ventana, le invadió una abulia sin límites. Encendió el televisor, cambió de canal y sintonizó un *reality show* en el que los humanos contaban sus penurias y simulaban ser lo que no eran con tal de agenciarse fama y dinero. La divinidad, entretenida, pensó en cenar algo ligero, quizás un sándwich mixto. O quizás llamase al servicio de comida rápida de los ángeles. Qué fastidio. Vio en el televisor cómo los hombres se afanaban en una de esas guerras a las que tan aficionados eran. Bostezó, sorbió otro poco de café, ya frío, y meditó profundamente. «Ya si eso arreglaré el mundo otro día», dijo. Y se volvió a dormir.

DON NADIE

A los trece años sufrió las burlas de sus condiscípulos: replicó con el silencio. La turba de jóvenes murmuraba sobre sus incapacidades: él era el más lento y torpe en los ejercicios físicos, el más huraño y difícil de trato y, a pesar de que el único rasgo sobresaliente era su inteligencia, se veía entrecortada a menudo por una agresiva timidez que se interponía. Años más tarde recordó el denigrante mote con el que lo tildaban: era un don nadie. Esa fue la identidad que asumió cuando aquel rústico cíclope le inquirió su nombre.

–Nadie, soy don Nadie, Polifemo –respondió Ulises.

MICROMUNDOS

hay mundos que cuelgan de los árboles

DYLAN THOMAS

Apoyó el rostro sobre la palma de su mano izquierda, algo exhausto. La contemplación de esos mundos infinitos, diminutas burbujas que pululaban por todas partes, le había terminado por hastiar. Todos nacían de una chispa súbita precedida por el chasquido de sus dedos; luego esas minúsculas circunferencias crecían y se expandían de una manera abrumadora, al tiempo que en su interior bullían los seres en un ciclo inacabable de nacimiento, felicidad, muerte y sufrimiento. En cada uno había ligeras diferencias, sutilísimas variaciones. Y él seguía haciendo vibrar las cuerdas germinales del cosmos.

Los seres se afanaban buscando alimento y cobijo. Evolucionaban hacia formas complejas que enriquecían su repertorio de necesidades e, invariablemente, llegaban a preguntarse sobre sus límites y orígenes. Ninguno comprendía del todo las razones de su existencia, que cada cual imaginaba atada a un designio divino o ilustre. Algunas sectas minoritarias preconizaban la ausencia de sentido de esos universos.

Mientras tanto, él seguía perpetrando la fabricación de orbes de modo mecánico. Procuraba alejar el tedio fijando su atención en algunas minucias de sus creaciones: la vida familiar de tal sujeto, las modas de vestimenta en aquel planeta, el recuento de la fauna

submarina en tal otro, las costumbres sexuales de los seres que volaban. Nada alejaba de su mente la íntima sensación de una soledad inmensa.

Algunos de esos universos llegaban a crecer tanto que terminaban por impactar con los confines de uno próximo. Entonces se desarrollaba un cataclismo para sus habitantes, que asistían, temerosos, al derrumbe de todo cuanto conocían. A la extinción absoluta le antecedía una leve fulguración resplandeciente.

Se dejó dormir tras siglos de una vigilia ininterrumpida. Y en el sueño se vio dentro de uno de sus mundos, con piernas y brazos, y rostro velludo y de líneas afiladas. Se supo distinto y solo. Conoció el hambre y la zozobra y ahuyentó fantasmas y bestias según envejecía. Los años no aminoraban sus cuitas y se preguntó quién continuaría su tarea fuera de ese cosmos en el que él se hallaba ahora. En el sueño, se acostó una noche. Las pesadillas y luego el insomnio asediaron sus horas nocturnas. Vio un pájaro atravesar el grueso negror del firmamento, enumeró las estrellas y cuantas vivencias recordaba.

Se despertó en medio de una espiral de astros. Escuchaba un sinfín de voces. Un pelotón de estrellas eran atraídas hacia él, colapsando en su cuerpo. Las nociones de calor o frío, arriba o abajo, angustia o dolor, apenas significaban nada.

Este mundo soy yo, se dijo. No tuve nacimiento ni tendré fin. En la espuma fuera del tiempo mi cuerpo fermenta y engendra la vida de cada ser. Es el lenguaje un resquicio de mi aliento. Yo soy el creador de mundos y estoy solo.

UNA DE LAS BELLAS ARTES

Un delito –continuó lentamente– es como cualquier otra obra de arte.

G. K. CHESTERTON

INFANTICIDIO

De madrugada, cuando nadie repara ya en sus alborotos, las latas de cerveza matan a los niños. Los estrangulan con sus garras metálicas, rajando la tierna piel de los infantes. Sorben la sangre que mana con sus minúsculas bocas. Se ceban con los menores de cinco años. Buscan al rey de los abstemios. Una estrella y un plan horroroso las guían. Por eso, huye, huye de la proximidad de esos bares, pide auxilio, alerta a las autoridades, escóndete. Ya sientes rechinar la apertura de aluminio.

EFICIENCIA DOMÉSTICA DE LAS LARVAS

a los estragos de una isla de descomposición, de la eficiencia doméstica de las larvas

ÁNGEL OLGOSO

Cuando murió mi hijo, me quedé petrificada en el jardín, ora mirando a lo lejos, quién sabe si a las estrellas, ora mirando al montículo donde yace enterrado. Así estuve durante días. De aquellas melancólicas observaciones saqué algo en provecho: comprendí el mecánico y diligente proceder de las larvas. Su esfuerzo titánico era encomiable: olfateaban desde la distancia el hedor y se encaminaban hacia allí con parsimonia de gusano, pero con determinación inquebrantable. Escarbaban en la tierra, se comunicaban con sus congéneres para que la tarea fuera optimizada por la actuación colectiva. Se allegaban a los dulces restos de mi hijo, indagaban las zonas más blandas y procuraban agujerear lo que quedaba de su cuerpo para hallar las sustancias nutricias. Aquel aprendizaje lo apliqué con la pasión de quien ha descubierto un nuevo continente: recolecté un buen puñado de larvas y las cultivé con afecto en un terrario. Su entrega me garantizaría el éxito y así fue: las adiestré, poco a poco, en todas las labores domésticas. Primero les enseñé a limpiar los suelos de las distintas habitaciones; posteriormente les encomendé lavar los cubiertos una vez terminábamos de comer; por último, asimilaron con facilidad otros trabajos: las larvas planchaban, cosían, ponían en funcionamiento la lavadora y sacaban a pasear al perro. Pensé que, al liberarnos de tantas obligaciones, mi marido y yo tendríamos más tiempo para estar

juntos. Sin embargo, creo que él aún no ha superado la pérdida de nuestro hijo. He sido paciente con su ausencia de amor hacia mí en estos últimos años, pero he llegado a un punto de decepción sin retorno. Quizás me convenga separarme de él. Pero querrá quedarse con la casa y continuar adorando el montículo de tierra del jardín. Y yo necesito seguir prosperando con mis larvas. Comemos. La mirada perdida de mi marido se dirige a la televisión mientras las larvas recogen los platos. Una idea cruza por mi mente. Si he conseguido adiestrarlas en todos estos quehaceres, ¿qué me impide educarlas para que maten, mientras duerme, a mi esposo? Su contoneo tenaz, de larvas purificadoras, quizá sea mi única solución.

ELMIRA Y SUS MUERTES

Elmira ha muerto por tercer día consecutivo. Su muerte fue menos dramática y tuvo algo de festejo y alegría. La primera muerte fue seguida de hipidos y llantos de familiares, vecinos y amigos. La segunda estuvo envuelta de asombro, gestos inesperados y ademanes de incredulidad. La de esta mañana vino precedida por la calma cotidiana de la rutina. Casi no terminaba de morir Elmira. Todos colaboraron para que la mujer pudiera marcharse y así podernos retirar a nuestras faenas diarias. Julio le tapaba la boca y la nariz con una almohada, Andrea le golpeaba ligeramente la cabeza con una olla, doña Santulia le arrojaba un cazo de agua hirviendo. La vieja resistía como si no se percatara de la zozobra alrededor. Elmira murió por tercer día consecutivo. Todos tememos su regreso.

DESVÍO

Me he desviado ligeramente de la ruta, dije. Y entonces vi con claridad la travesía: salgo de la primera curva, Marta me echa en cara el plan del fin de semana, yo me contengo, el pequeño Eduardo chilla y lanza patadas contra mi asiento, le grito que se quede quieto y se calle, Marta me pide que no trate así al niño, pego un volantazo, Marta grita espantada, un cuerpo de anciano sale volando por los aires, el coche cae por un precipicio, Eduardo se despeña contra las lunas, Marta habla un idioma ininteligible, una mancha roja cubre mis ojos, quince años mirando en coma el limbo de la pared del hospital. Sí. Con toda seguridad, me he desviado ligeramente de la ruta de la vida.

SEGURO DE VIDA

La vida trabaja en la muerte con una convicción admirable.

BLANCA VARELA

Hasta hace algunos años, la Muerte nos solía visitar con una puntualidad que detestábamos. Elegía momentos propicios, pero ninguno de nosotros, invariablemente, podía preverlo. En una época se llevó a cuatrocientos vecinos. Eso fue tras la instalación, aprobada por el alcalde, de una antena gigante de telefonía móvil. Nos dio un descanso durante una temporada pero regresó al cabo de un lustro con su saña decorosa, haciendo alarde de su elegancia. Entonces arrasó con doscientos cincuenta y siete conciudadanos del pueblo, en una ola de gripe aviar. Su marcha supuso un goteo lento, como si nos dejase experimentar la eternidad en esta tierra, alargando la agonía como un chicle amargo. Los supervivientes de sus duras visitas la sabemos propensa al escrutinio sagaz, presta a la sutileza de un infarto inopinado o brutal como un incendio desmedido. Inteligente y agresiva a un tiempo, nos sorprendió que aceptase con tanta rapidez el pacto que le propusimos. Cada uno de nosotros le pagaría un tributo anual para mantenerla alejada. Al fin y al cabo, teníamos la certeza de que en el mundo encontraría parajes muchos más apetecibles y hermosos para desarrollar su trabajo o tomar vacaciones. Al principio, todo fue según lo planeado. Pero no tardamos en percatarnos de que, dada las actuales condiciones de vida, el seguro se incrementaba año tras año y, de una manera inexorable, una parte de la

población, la más necesitada, dejaría de pagar lo acordado. Cuando eso ocurrió, muchos nos encerramos detrás de nuestras puertas: no quisimos enterarnos si venía. La desaparición de los más pobres nos alertaba, pero ¿qué podíamos hacer? Mientras cada uno pudiese pagar, ¿para qué interesarnos por el vecino?

Hace poco nos llegó la noticia. La Muerte, tan pronto como intuyó los beneficios que obtendría de nosotros, se dedicó a asegurar al mundo entero. Su pingüe fortuna la ha convertido en acreedora principal de todos los países. Los bancos le deben cuantiosas fortunas. Su influencia y su poder son casi ilimitados. Recientemente ha sido elegida Ministra de Economía y Hacienda. Su fulgurante carrera no ha hecho más que empezar.

CULTIVE EL ESTADO DE NATURALEZA

No pierda el tiempo: ¿su hijo muestra brotes psicóticos? ¿Le ha cazado descuartizando animales o dibujando terroríficas escenas de crímenes? No se preocupe. Contamos con los mejores especialistas para su tratamiento. Llámenos y le daremos un presupuesto ventajoso. La calidad de su formación es nuestra prioridad. Demuestre a su descendencia que le quiere e ingréselo en nuestro centro. Porque un niño psicópata no es motivo de desdicha, sino un don de la naturaleza y una oportunidad para mejorar la especie. Deje a su hijo en nuestras manos y le convertiremos en un sátrapa, en un asesino en serie, en un periodista, en un violador, en un futuro presidente de gobierno, en un sicario profesional. Le ofrecemos una educación adecuada a sus inclinaciones, con prácticas para que ejercite sus habilidades (incluye el manejo de todo tipo de armas y entrenamiento en toda clase de torturas). Recuerde: en el Instituto de Formación Superior de Psicópatas nos comprometemos con el progreso de la sociedad. Nuestro lema: no deje que la civilización reprima los instintos de su prole, cultive sabiamente el estado de naturaleza.

SU RESTAURANTE DE REFERENCIA

En nuestras instalaciones podrá saciar su apetito con total tranquilidad. Ningún agente externo le vigilará ni incomodará su indomeñable fruición con preguntas inoportunas sobre la procedencia del manjar. Sorberá el líquido manantial de rojo purísimo. Paladeará la carne más fresca, seleccionada con rigurosos controles de calidad, higiene y hermosura. Visítenos. Abrimos de lunes a lunes, 24 horas al día. Nos apasiona nuestro trabajo, por eso aunamos calidad y entrega, profesionalidad y exquisita atención al cliente. No descuidamos a las víctimas. Únicamente ofrecemos individuos sanos y bellos. Porque nos gusta ser el restaurante caníbal de referencia.

INDULGENCIA

Cave usted su propia tumba. Se lo digo con cariño y afecto. Tantos años siendo su vecino no pasan en balde. Pero una cosa es el respeto, la veneración a las normas de urbanidad, y otra muy diferente es que crea que puede acostarse con mi hija. De ahí que, por la honra que me merecen sus padres, Antonio, dejaré que cave su propia tumba. Me lo agradecerá, ya verá. La fatiga del ejercicio físico mermará sus nervios y así apenas sentirá la amputación de sus brazos y piernas. No me negará que soy indulgente con usted. De hecho, por conmiseración, para que quizás tenga una experiencia única, estoy reconsiderando el enterrarlo vivo. Pero ya lo pensaré. Todo depende del grado de su arrepentimiento y mi generosidad. Siga cavando, Antonio. Aunque le haya arrancado los ojos de sus órbitas puede guiarse por el tacto. Sí, ahí. Siga. Lo está haciendo muy bien.

DIÁLOGO CON EL SEÑOR CADÁVER

Señor Cadáver está sentado frente a mí, en una incómoda silla de mimbre donde reposa con indolencia su coxis. A ratos me observa con sus cuencas vacías y me devuelve una sonrisa sardónica, mostrando toda la dentadura. Pero en el fondo de ese gesto adivino un rechazo hacia mis ideas. Señor Cadáver nunca ha aprobado mis opiniones, sobre todo en materia de alimentación, higiene, sexo y posición política. Bien mirado, la posición política debe guardar alguna relación con las posturas sexuales predilectas. Cuestión de olfato, como el perro que ladra cada tarde a señor Cadáver. Olisquea su húmero y su fémur y sueña con hincarle el diente. Pero yo protejo la entereza de Señor Cadáver. Me gusta pensar que así contribuyo, en cierta medida, a sostener un orden dentro de la intrincada arquitectura del universo. Apenas digo esto, Señor Cadáver ladea un poco la cabeza y deja caer su brazo izquierdo con un ademán reprobatorio. Nunca asiente. Tampoco se preocupa mucho. Me consta que, antes de su fallecimiento, Señor Cadáver profesaba el catolicismo con la honrosa veteranía de los quásar y la ilustre vehemencia de un felino hambriento. Su familia lo abandonó. Solitario y sin recursos, le costó poco la inmersión en las calles. Así lo conocí en su buena época. Señor Cadáver siestea en esta tarde estival. No me imagino el frío que le aqueja por las noches. Procuro alimentarlo con los desechos que encuentro durante el día y que generosamente divido entre los dos. Señor Cadáver intenta decirme algo. Mueve el maxilar inferior y balbucea. Recuerdo cuando sajé su lengua con la navaja oxidada. Emitía unos extraños quejidos guturales. Fue el primer órgano que le seccioné.

Una delicia el sabor de su carne. Señor Cadáver me mira con un mohín de censura. Le pregunto si quiere compartir conmigo, esta noche, el muslo de este gato.

LA CASA

En algún lugar de la casa hay un cadáver. Usted intentará encontrarlo. Para ello explorará habitaciones caóticas, abrirá innumerables compuertas, sorteará obstáculos sin cuento. Pero el tiempo correrá en su contra. En algún lugar de la casa el cuerpo estará descomponiéndose y usted teme que no lo hallará nunca. La casa, de arquitectura insondable, tiene sus propias leyes. Hará frente a infatigables pasillos, áridas trampas y una manada de seres de conversación insulsa que aparecerán y desaparecerán en cuestión de instantes. Entonces pensará que la casa es un artilugio de solaz o de sufrimiento, pero impermeable a la comprensión. Urdida por una mente siniestra, la casa perdura en la eternidad. Tic tac, tic tac. Las ratas roerán los últimos huesos del cuerpo, y usted sabe que semejante demora en encontrarlo hará que se extingan las pistas del crimen. No tendrá al asesino, no descifrará la casa. Ha nacido aquí y aquí habrá de morir sin remedio. Un día, pasados muchos años, cruzará por casualidad una puerta. Se sentará, de modo inconsciente, sobre una silla. Sin fuerzas, sin rencor, sin dudas, exhalará su último suspiro. Y entonces habrá entendido todo. El cadáver del que le he hablado y que buscaba con denuedo en toda la casa era usted mismo.

DESPEJE LA INCÓGNITA

El funcionario A contrata al detective privado B para que espíe al médico C, de quien sospecha que se acuesta con su pareja. El detective B pasa un mes detrás de C, vigilando cada uno de sus movimientos dentro y fuera del hospital, hasta que descubre que se acuesta no con la mujer de A, sino con su propia esposa. Así que decide ir a ver al amante. Se presenta en su casa y le dispara. El médico cae muerto. El detective llama entonces al anodino A y le refiere que, en efecto, el brillante cirujano es amante de su mujer. «Debes venir de inmediato y pillarlos juntos en la cama». A no pierde un instante. Al llegar, ve el cuerpo muerto de C. Detrás llega la pareja adúltera de B, a la que este ha enviado un mensaje requiriendo su ayuda urgente fingiendo ser C. Ambos se ensarzan en una guerra a cuchillos y mueren. El detective B, que observa todo desde un apartamento cercano, alerta a la policía aparentando una voz de anciana constipada. Sale luego a la calle, se empapa por la lluvia y enciende un cigarro. Sacan los cadáveres en sendas ambulancias y B simula curiosidad al interrogar a una joven y atractiva enfermera. Se intercambian los números de teléfono. Días más tarde, mientras B traspasa la puerta de la casa de la enfermera caníbal y huele el rico aroma a carne fresca, se repite a sí mismo: caso resuelto.

¿CÓMO MATAR A LOURDES?

1. Indudablemente, con ácido sería un buen remedio. Se vierte el compuesto en una palangana (de material resistente a la corrosión y aspecto no muy vistoso para evitar que llame la atención al transportarlo hasta las oficinas). Puede aprovecharse un momento de despiste, cuando Lourdes esté de espaldas a nosotros, y entonces sujetarle con fuerza un buen manojo de cabellos y halar para introducir su cabeza en la palangana. Se recomienda usar ácido clorhídrico o sulfúrico.

2. Sellar los labios de Lourdes cosiéndolos con aguja de tejer no la haría desaparecer pero sí acabaría con sus continuas conversaciones insulsas. Puede ser un paso previo de un complejo entramado de torturas dilatadas en el tiempo. Se aconseja planificar cada una de las fases de tortura para aumentar el placer en la ejecución, obtener el mayor dolor posible para Lourdes y disponer de las ventajas de un programa de racionalización que nos deje libres suficientes horas para realizar nuestro trabajo.

3. Existen varias formas seguras de conseguir el fallecimiento fulminante de Lourdes: obligarla a cumplir el horario laboral, cerrar durante una semana entera las tiendas de ropa, detener la publicación de los tabloides y revistas del corazón. Acaso el método más efectivo sea una sutil combinación de ellas. No se olvide de mantener, de vez en cuando, conversaciones profundas con Lourdes. El esfuerzo mental que implica para su encéfalo comprender cómo se enciende y se apaga un ordenador puede ocasionarle trombos repentinos.

4. Se ha sugerido, por parte de algunos compañeros, una medida más higiénica: la contratación de un sicario. Esta opción aportaría inmediatez y profesionalidad, al tiempo que nos eximiría del quebradero de cabeza que supone tener que elegir la mejor manera de matar a Lourdes.

5. Otra opción viable, aportada por nuestra jefa, siempre perspicaz y atenta a los conflictos morales, consistiría en ensartar a Lourdes a un palo de madera que dejaríamos exhibido en el *hall* de entrada a la biblioteca. La metodología del empalamiento se nos antoja difícil y aun cruel, pero qué duda cabe que tiene la singular virtud de erigirse en recordatorio para futuros infractores de los valores de sacrificio laboral y esfuerzo. Lourdes ensartada en un palo, con cuervos revoloteando alrededor, sería un hermoso símbolo de nuestra rebelión contra la burocracia.

6. Tras muchas deliberaciones, la solución más fácil e irónica va ganando adeptos entre nuestras filas. Solo tendríamos que ponernos de acuerdo en el brazo ejecutor. Porque, ¿quién sería el encargado de empujar la estantería de libros de asuntos laborales justo en el improbable instante en que Lourdes caminara por ese pasillo? Ya estamos realizando apuestas sobre un enigma que nos corroe: ¿qué nos revelará el aplastamiento de sus sesos, qué materia inaudita surgirá de su cabeza?

DECÁLOGO PARA DAR UN PASEO POR EL PARQUE

1. Recuerde que usted ha salido a dar un paseo. No se entretenga con la charla minuciosa de los ancianos que procurarán retenerle durante horas. Su atracción sería de fatales consecuencias. Nadie conoce qué oscuros motivos acuñan sus arrugas, sus dientes postizos, la lengua libre e intratable, sus gestos pausados y maliciosos. Recuerde: detrás de cada anciano en el parque se esconde una sombra.

2. Su paso debe mantenerse constante: no crea que está realizando el maratón olímpico o los 100 metros lisos. Nadie le espera al final del parque, nadie le ha impelido a correr en la entrada. Conocer estas certezas le ayudará a esquivar a los niños.

3. Intente equilibrar sus funciones vitales antes y durante el paseo: no olvide el desarrollo natural de sus necesidades fisiológicas. El estreñimiento y las ganas de orinar disminuirán indefectiblemente el paso, la voluntad e incluso su inteligencia. Cagar a tiempo favorece el tránsito neuronal. Lea más revistas del corazón.

4. Un aspecto de suma relevancia es el referido a los obstáculos que ha de vadear en el parque. Ya hemos enunciado el primero: los ancianos. Pero debe saber que no son el único: muy por el contrario, son solo el primer escollo de una serie a cada cual más vigoroso. Enumérese, a modo de ejemplo, los niños: los niños, los balonazos de los niños, los insultos de los niños, las madres de los niños, los pechos y las nalgas de las madres de los niños, los caramelos de los

niños. Debe comprender, estimado paseante, que es usted un niño encerrado en un círculo de concéntricas reverberaciones que reflejan su propia inmadurez. Esquive ese pañal, hágame el favor.

5. Medite unos segundos sobre los verdaderos motivos que le han conducido a dar este paseo. Tómese una cocacola.

6. Imagínese en otro espacio, acaso más acogedor o deseable, pero sin duda distinto. ¿Cuándo fue la última vez que usó protector solar en la playa?

7. Puede aquí inventarse una objeción cualquiera. Piense un poco, no sea vago. Si calma su ansiedad, puede masturbarse mientras reflexiona.

8. Todo el mundo sabe que el paseo por un parque es una decisión existencial de suma trascendencia. La vida entera de un hombre depende de ese instante único e irrepetible en que decide dar un paseo por el parque. Debe sentir que se trata del momento adecuado. El *Tratado sobre la desesperación y angustia del paseante de parques*, prolija monografía de Søren Borchgrevink, ilustre proxeneta de mediados del siglo XIX, propone, analiza y elucida las controversias suscitadas por tales vocaciones. Si no tiene tiempo para leerlo, puede acudir al socorrido resumen que ofrece la Wikipedia.

9. Para dar un paseo por el parque hacen falta tres cosas: dos piernas (o elementos que hagan las funciones de tales, como brazos, prótesis, colas, pseudópodos, tentáculos o ruedas), un parque en condiciones y una razón que le fuerce a hacerlo (incluidas las voces interiores, revelaciones divinas o demoníacas o alucinaciones de cualquier tipo).

10. En cualquier instante le espera el vértigo. Todo paseante, durante el camino, propende a la melancolía: dejará paulatinamente de ser usted a cada paso haciéndose rastro vegetal y tierra, aire cargado de humedad, y si logra llegar a la última frontera se convertirá en un parque más que

recorre a un hombre desde la pérdida de su hijo y su mujer en aquel accidente de tráfico hasta el suicidio selectivo que le aguarda en ese frasco de cianuro.

RITUALES DE APAREAMIENTO

En ese caso, al contrario, si pudiéramos crear un planeta al que poder aplicar la teoría de la involución y donde solo existieran relaciones basadas en la libido, sería posible mantener un medio ambiente pacífico. En vez de una ecología tanática, «de comer o ser comido», deberíamos ser capaces de crear una ecología erótica en la que todos los seres vivos se amaran los unos a los otros.

YASUTAKA TSUTSUI

POSIVIRILIDAD

En aquellas tierras se dictaminó que los hombres deberían elegir entre tener manos o conservar su miembro viril intacto. Una cosa o la otra, nunca ambas. Algunos adeptos a la masturbación emigraron a países vecinos. El resto de los ciudadanos eligió con celeridad su opción: conservar su miembro. Con el tiempo, dada la ausencia de las manos, zajadas con miniguillotinas fabricadas para tal fin, los hombres, para consolar su tristeza, se dieron a una práctica que se hizo habitual: exhibir su miembro como si de un apéndice nasal se tratara, dejándolo desnudo al aire libre y a la contemplación de las miradas ociosas. Como toda costumbre nueva, originó un revuelo inicial pero terminó convirtiéndose en una forma más de estar en el mundo. Los saludos se efectuaban con el sexo y su movimiento, como con la cola de los perros, servía para identificar el estado anímico del sujeto en cuestión. La posesión de manos, en cambio, se imputaba como acontecimiento indecoroso. Los chicos debían cortárselas al llegar a la mayoría de edad, pero hasta alcanzar esa fecha las ocultaban, avergonzados, detrás de guantes que fingían ser muñones, o con mangas alargadas de camisas. Cualquier estrategia era bien vista con tal de no mostrar las manos en público. Hubo muchachos encarcelados por violar la decencia, incluso algunos sediciosos tramaban en secreto actos vandálicos consistentes en tapar su pene con ropa y enseñar sus diez dedos a ojos de transeúntes alarmados. Un nuevo edicto sentenció a pena capital esas insumisiones. Desde hace algunos meses, nuevas interpretaciones de la ley se abren paso entre

los legisladores. Se impone, se requiere, se hace innegablemente necesaria la igualdad de trato entre ambos sexos. Las mujeres, mucho más precavidas, aún siguen dilucidando si conservar sus pechos o sus manos.

INVITACIÓN AL EROTISMO

Anoche entré al servicio de un bar de mala muerte. Había quedado con mis amigos para tomarnos algo y charlar y, sin rumbo, después de unas cuantas cañas, decidimos concederle nuestro beneplácito a aquel antro de inmundicia. Mi amigo Cristophulus siempre ha dicho que, cuanto más mugre se observa en un local, mejor sabe la comida. No le faltaba razón, aunque esta ya hubiese sido ahogada por los litros de alcohol ingeridos. No recuerdo bien qué engullimos. Solo sé que, a los pocos minutos, unos retortijones intestinales me llevaron con premura al baño. No tenía muchas fuerzas, así que me senté en el retrete, superando el asco y la desazón existencial que me corroen cuando hago uso de semejantes habitáculos públicos. En unos segundos todo cambió y apenas fui consciente de la donación digestiva que estaba efectuando. Las paredes, como es de rigor, estaban preñadas de garabatos ininteligibles, de invitaciones al encuentro casual. *Busco pollón negro*, decía en un sitio; *dotado, 20 centímetros*, decía más abajo. Y una cuantiosa ristra de números de móviles. Nada que no hubiera leído ya en otros baños. Pero, de pronto, mis ojos se posaron en la pared de la izquierda y fui testigo de algo inaudito. Sin poder contenerme, noté de improviso la excitación de mi miembro. Alguien había escrito allí el ejercicio de pornografía más sublime que hubiera contemplado jamás. Una serie complejísima de ecuaciones ocupaba toda la pared. Las leí primero con estupor, luego con fiebre y hambre y espasmos. No pude resistirme y me masturbé allí mismo. El semen fue a salpicar una integral

doble. Desde ese día caí enfermo. Busco con denuedo en todos los baños algún rastro de quién escribió aquello. Una firma, un teléfono, un email, una dirección de contacto. Colecciono fotos que me ayudan a descifrar las caligrafías y que envío periódicamente a técnicos para que me alumbren con el autor de aquel mensaje procaz. En las noches propicias, sueño con miles de ecuaciones que me soban y lamen. Cierro los párpados con fuerza, me muerdo el labio inferior y me sé destinado al hallazgo. Un día de estos, me dice el deseo, me despertaré exhausto al lado de un número.

ASTRONOMOVAGÍNICA

EFE, 24 de diciembre. Astrónomos asociados al Departamento de Investigación del Proyecto NORMA han publicado en la prestigiosa revista *Science* las conclusiones a las que han llegado tras una década de análisis continuos de los datos proporcionado por el BUBBLE, el telescopio espacial que sustituyó al ya mítico HUBBLE. Estas conclusiones han ocasionado gran alboroto en la comunidad científica. Un comunicado de la AFCDS (Asociación de Físicos Creyentes en Dioses Supremos) ha sido remitido a las redacciones de las principales agencias periodísticas de Europa y Norteamérica, poniendo en duda el trabajo del equipo liderado por Crótalo y Nevermore, quienes sostienen en su artículo de *Science* que han conseguido descifrar la estructura global del universo. Para asombro de los mismos investigadores, dicha estructura se corresponde minuciosamente con la forma de una vagina. El estudio detalla incluso la desembocadura del universo en una estructura semejante a la vulva: los autores se atreven a postular las zonas que equivaldrían a labios mayores y menores y dónde se localizaría el clítoris. Ulteriores análisis podrían arrojar más detalles sobre esta forma vaginómica del universo.

El físico italiano Piero della Bambola, profesor titular en la Universidad de Utah, se ha apresurado a emitir la hipótesis de que, de ser ciertos los resultados, y teniendo en consideración la teoría de los universos múltiples, las anomalías vibratorias descritas para la región G-Plot

podrían interpretarse como las rítmicas colisiones con nuestro universo de otro universo próximo, quizás de naturaleza falocéntrica.

EL ATAQUE DEL FALO MENDICANTE

A 18 de febrero de 2013. Registra la secretaria del juzgado nº 69 del Tribunal Ordinario de Agravios Inverosímiles.

De una parte, la demandante: mujer, con calzón rojo, cabello castaño, 37 años y cuatro meses de edad, 1'70 metros de estatura y complexión atlética.

De la otra parte: señor falo mendicante, 1'59 metros de estatura, cabello rizado oscuro, no consta edad. Sexo masculino, obviamente. Desnudo, quiere decirse, sin calzón.

La demandante alega que, saliendo de su casa el día 17 de febrero a las 8:43 minutos a.m., y apenas percatándose del entorno, debido a las prisas por llegar a su trabajo, decidió realizar la travesía a pie. Otrosí, que habiendo recorrido una distancia de unos diez metros, empezó a escuchar unos raros borborigmos. Al principio no quiso prestar atención y continuó su marcha. No obstante, la intensidad y la frecuencia del rumor iban en aumento y se percató de la cercanía de alguien –o algo– que comenzaba a rozarla con insistencia en la zona lumbar de su espalda. Al darse la vuelta, prosigue en su declaración, contempló un falo inmenso, desproporcionado, al que cabía atribuirle alguna minusvalía importante. Otrosí, que, interrogado el falo sobre sus intenciones, este mendigó un poco de amor con intermitentes pérdidas de fluido seminal. La querellante expone que, tras rechazar sus peticiones, se dio media vuelta y no quiso perder más tiempo porque llegaría con retraso a su empresa. Para que conste en acta, la señorita afirma que

es empleada en una factoría de congelados donde se resguardan numerosos tipos de órganos para su posible aprovechamiento futuro. La demandante, con calzón rojo y complexión atlética, cree que el falo mendicante puede haberla conocido en su sede laboral.

Interrogado el falo sobre los hechos expuestos por la litigante, procede a declarar que:

1. No es cierto que persiguiera a la señorita durante todo el día de ayer. Solo lo hizo durante 23 horas y 32 minutos seguidos.
2. Que la señorita mostraba un rictus de asco cada vez que él lloraba, efectuando una discriminación evidente por su condición fálica.
3. Que al obsequiarle con gentileza un poco de semen, la demandante emprendió una serie de ataques con su bolso. Ataques, insiste el falo mendicante, que le causaron problemas de irrigación sanguínea en su escroto izquierdo. Y, para que conste ante el tribunal, el demandado procede a enseñar y registrar el pertinente informe médico de daños corporales sufridos. La secretaria del Tribunal quiere referir, asimismo, que los moratones son ostensibles y la piel escamosa.
4. Y, finalmente, el demandado quiere hacer expresa su voluntad de denunciar a su vez a la señorita de calzón rojo, cabellera castaña y complexión atlética, por dejación de sus deberes de socorro ante la obvia ausencia de amor que aqueja al falo mendicante.

Vistos los testimonios, el juez instructor del caso, calzón gris, sobrepeso manifiesto, ausencia de cabello en la región craneal, marcapasos desde hace quince años y afiliado al sindicato católico de jueces, decide:

1. Que el falo mendicante se ha sobrepasado en sus peticiones. De modo que es condenado a arresto de celibato durante treinta días naturales.

2. Que la demandante, cabellera castaña y complexión atlética, ha incurrido en discriminación por razones de sexo y dejación de deberes de socorro frente al señor fálico. Es condenada a trabajos para la comunidad, sin compensación económica alguna, por un periodo de treinta días naturales.
3. Que, para cumplir la condena de ambas partes, el juez instructor del caso se ofrece, generosa y desinteresadamente, a satisfacer en sus necesidades y obligaciones tanto a la señorita de calzón rojo como al señor fálico.

   Y para que así conste en acta y surta efecto desde el día de hoy, firman:

   La secretaria del tribunal.

   El juez instructor del caso.

   Las partes.

ERÓTICA DEL SIGLO XXI

Deseo clickear en tus banners. Introducirme lentamente en tu puerto usb. Sincronizarnos por bluetooth y luego humedecer con mi lengua tu pantalla. Qué orgasmo matutino, qué delicia inalámbrica, qué espasmos. Tu diseño ergonómico es de primera, tu carne incluye las últimas actualizaciones. Pura electricidad mis pálpitos nocturnos al pensar en ti. Eres un virus sin piedad que borra, poco a poco, mis programas.

DE LA CONDICIÓN HUMANA

He dedicado, por así decirlo, el último tercio de mi vida a buscar ese caracol –había agregado el doctor Stead–. Pero supongo que ese es el destino del hombre: buscar lo inexistente.

PATRICIA HIGHSMITH

«CUIDADO, HAY TIGRES»

Los mapas, cuya cifra es el deseo, encierran entre trazos de montañas y ríos innumerables, enigmas, porciones variables de error, obstinadas reincidencias en el tormento. Nadie encuentra en el mapa el aguijón de avispa que nos picó en la infancia, la hermosura que nos sedujo y dejó una herida supurante en la segunda década de nuestra vida, los fracasos y denuedos que pueblan cada instante. Semejante acopio de informes volvería ilimitable la extensión de una urbe, su representación cartográfica. Al contemplar un mapa debiéramos adivinar entonces, como único rastro biográfico, entre los signos de calles populosas, justo enfrente de la entrada de nuestra casa, una advertencia que pudiera salvarnos de las fauces de las bestias que nuestro enemigo hubiera abandonado allí para nuestra perdición definitiva. Un simple cartel que dijera: «Cuidado, hay tigres».

CRIATURA ABISAL

Hay un animal abisal que solo existe si permanece sumergido en las profundidades. Se arrastra por el limo, absorbe partículas disueltas, respira dificultosamente por branquias. Si sube apenas unos metros, si se atreve a ascender hacia donde se filtra un mínimo rayo de luz, su piel se deshace, se torna invisible y casi incorpóreo, el mar lo zarandea y ni los aullidos de dolor se propagan en el agua. Entonces, taciturno y apesadumbrado, retorna a sus fondos, a su depresión perenne, habitante de los miasmas y el error. Allí, arrebujado y frío, sueña despierto, en un afilado insomnio de vigía húmedo, con las posibilidades del paraíso que nunca abrazará.

MILENA

Milena es un árbol. Un árbol que resiste la inclemencia, un árbol que florece a destiempo y que soporta las miradas lúbricas de los paseantes, el tacto impúdico hacia sus flores. Milena es un árbol que no se queja: desconoce la depresión o el aullido. No padece insomnio ni enferma. Milena es agradecida: al regar sus raíces, levanta un brazo y saluda con un acento a rama de canela o de incienso. Milena es un árbol que enamora, es un árbol que envejece apenas, es un árbol solitario a pesar de las reuniones infantiles que suceden a su sombra. Por eso nos anegó la tristeza cuando el gobierno decidió derribarla. No le dijimos nada, quisimos protegerla hasta el último minuto. Se fue sin derramar una lágrima, feliz y entusiasmada como había sido siempre. Milena es un árbol enraizado a la memoria. ¿Quién podrá ahora arrancar su imagen de mí?

PADECIMIENTOS NOCTURNOS

Algunas noches me convierto en ladrido o me dejo invadir por esas nubes inciertas, de vuelo bajo, que cruzan la casa sin rumbo fijo. Noto un dolor de cabeza momentáneo y todo se disuelve, y todo se emborrona, hecho el aire ya un puro garabato, y apenas soporto el equilibrio, balanceándome como un péndulo. Pero ahora puedo repicar: he tardado en reconocerme campana, y quizás ello redunde en mi beneficio. Si nadie dobla por mí ni ladra, acaso me dejen vaganbundear entre la maleza, más allá del camposanto, y regresar a la garganta del perro o destilarme en gotas finas sobre el cristal de alguna mohosa ventana. Todo sea por vencer el insomnio.

LA SERPIENTE

Henchida de sí misma, perseguida por una misteriosa cohorte de ratones aduladores, la serpiente pace ahíta de su última cena, orgullosa, exhibiéndose, vigilante insomne y lenguaraz. El gran problema no es que envenene a sus presas, ignorantes de la desmedida codicia de su ídolo ofidio. La serpiente, tan tóxica, tan bellamente hipócrita, muerde en su nido, mastica a sus crías, no respeta a sus congéneres. Ufana en su cháchara, se arrastra provocativa por la tierra. No prestes atención a una serpiente, no la salves de su revolcón en el fango. Pronta a engullir cuanto observa, has de saber que nadie sobrevive a una serpiente. Huye.

DARDO Y DIANA

A veces siento que soy el dardo: me exaspera la lentitud, la impuntualidad me corroe cual gusano en las entrañas, irrita mi piel la impertinencia al punto de extraer espinas de mis nervios. Despierta en mí entonces un ardor sin límites, asumo la forma de un fruto hecho de refutaciones, de cólera. Nada puede calmar mi voluntad ignífuga. A veces, en cambio, me siento diana de todos los venablos, como si hubiera entreabierto los ojos en la mañana de las frustraciones o algún demiurgo burócrata hubiera decidido impregnar mi organismo con su saliva maléfica. En ocasiones, la transición entre uno y otro estado es apenas perceptible: en segundos me transmuto y vivo del hachazo y de la caída. Quién sabe si en realidad no seré, al mismo tiempo, el dardo de mis cuitas, la diana de mis rencores.

EL COMPORTAMIENTO DE LOS CORDEROS

(Variación sobre un apunte de Schopenhauer)

Los corderos pacen en el prado ignorando la presencia del matarife que prepara ya el degüello. Algunos cantan joviales entre hierbajos, otros retozan bajo la sombra de los grandes árboles. La desaparición gradual de cada uno de ellos despertará la conciencia de su servidumbre. Poco a poco, tras la llegada del monzón y las plagas, deberán organizarse. Más tarde vendrán las protestas, las huelgas y piquetes, el reclamo de derechos. Tarde o temprano se harán con el poder de la casa: pasarán por el cuchillo el cuello límpido y níveo de la familia del matarife. Creerán en el futuro y el tiempo irá devorándolos. Venerarán ídolos y dogmas y, creyendo comprender el universo, sucumbirán al padecimiento y a la muerte. Ninguno sabe, ninguno adivina, que el matarife nunca ha muerto y que vive dentro de cada uno de ellos, en sus genes. El instrumento que cercena es lo que cambia, no la insignificancia de la vida.

VINDICACIÓN DE LAS CUCARACHAS

Definitivamente, no hay verdad absoluta más certera que esta: no nos percatamos del valor de lo que tenemos hasta que lo hemos perdido. Así, pues, aquel árbol horroroso que odiábamos desde hacía años, alienta una especial ternura en nuestra memoria una vez que ha sido talado. El rostro de nuestro hermano, con el que no hablábamos desde aquella terrible afrenta, se torna espejeo de nuestra feliz infancia cuando el cáncer nos lo ha arrebatado. El tiempo es oro que se extravía a cada segundo, o que degenera a cartón o mugre. Y entre tanta aniquilación que los años, los meses y los días, con saña, nos infligen, ¿cómo no lamentar la ausencia actual de las cucarachas? Dominadoras de las cloacas y señoras del verano, hace tiempo que no acuden a nuestra casa en periplo estival. Y, claro está, cómo no pensar en ellas con nostalgia, con la risa que nos causaba el evocar las ridículas piruetas que hacíamos para escapar de sus vuelos, o los gritos histéricos que emitíamos de repente cuando se dignaban a sorprendernos en plena oscuridad. Su presencia, como el calor, era signo de estar de vacaciones. Quién no se conmueve al meditar en sus innumerables patas repelentes cruzando el Mar Muerto de la acera tras las fumigaciones. Llega el verano y ya no las vemos. Con su desaparición hemos olvidado la repugnancia y el miedo a los crujidos que brotan de las sombras, pero también la noción de la costumbre, los recuerdos acumulados con el avance de las estaciones. Puede que ahora empiecen a desdibujarse poco a poco los perfiles de los familiares, el sabor de los quesos, el gusto por la alegría, el aspecto

reconocible de casas y edificios de esta ciudad. Acaso perder lo minúsculo constituya el primer paso de la muerte. Acaso no percibir ya el asco sea síntoma del aletargamiento de todas nuestras emociones en un futuro no muy lejano. Me reclino sobre el alféizar de la ventana y espero con ansia, aunque sea por última vez, la visita tenaz de las cucarachas.

MATEO 5, 28

El mísero nacimiento de un recuerdo es aquí motivo de ostracismo.

LUISA VALENZUELA

Me detuve, aspiré profundamente una bocanada de aquel aire hirviente, e hice un gesto para que los turistas se callaran. Entonces comencé la historia. En este país se condenaban las intenciones, no los hechos. Pecar con una amante en el pensamiento ya era motivo suficiente para anular el matrimonio. Una rabia incontrolada, cierta vehemencia, nos delataba ante el crimen y al poco éramos conducidos a la cárcel por un asesinato no llevado a término. La corrupción política fue causa de la primera masificación de los tribunales: no había nadie con algún cargo de cierta relevancia que ignorase el deseo de usufructo. Al poco tiempo, las deportaciones y encierros se hicieron insoportables. Todos los ciudadanos pecaban, todos los ciudadanos eran culpables. En unos pocos años, la población entera del país yacía encerrada. Nadie accionaba desde fuera de las jaulas la electricidad, nadie traía la comida. Al principio, los cadáveres fueron apilándose en las esquinas. El hedor y las enfermedades diezmaron a los reclusos que, por pura supervivencia, se dieron a la práctica del canibalismo. Primero, aprovechando los restos de muerte natural. Después, asfixiando a los más débiles, a los enfermos, a los recién nacidos, a los despistados, a los que dormían siestas inoportunas. Estas ruinas que ahora ven son el único testimonio de

semejante pesadilla, concluí. Los turistas, admirados, sacaban las cámaras para guardar fotografías de aquellos edificios derruidos.

HISTORIA UNIVERSAL DE LA DESIGUALDAD

En un momento dado de la historia, los sujetos pertenecientes a la clase A sojuzgan a los sujetos de la clase B, a los que humillan, denigran, ningunean y apabullan. El tiempo pasa, corre y vuela. Los sujetos de la clase B se hacen conscientes de su situación y comienzan a rebelarse. El *statu quo* favorece a A en tanto instaura un régimen de desigualdad que perjudica a B, reclaman. Poco a poco va calando la noción de la relación injusta entre A y B. El tiempo pasa, corre y vuela. Los sujetos de la clase B no solo se han hecho con el poder, sino que ahora arrinconan a los sujetos de la clase A, a los que humillan, denigran, ningunean y apabullan. Esta nueva situación de desigualdad es vista como natural por los sujetos de la clase B. El tiempo pasa, corre y vuela. Los sujetos de la clase A se hacen conscientes de su situación y comienzan a rebelarse. En tanto el artefacto esférico sigue rodando, ningún hámster parece percatarse de que nunca avanza, nunca llega a meta alguna, sino que se condena a sí mismo a dar vueltas interminablemente en la rueda de la historia.

AMOUR FOU

En el incendio me hice generoso. Las llamas me reclamaron y yo, insensible a los demás hasta ese momento, me entregué a su voracidad con alegría y complacencia. El fuego me poseyó apasionadamente.

CONDICIÓN HUMANA

Un pintor es contratado por un empresario para pintar su casa. Al llegar a la amplia finca, el dueño le pide que valore el estado de siete botes de pintura que tiene desde hace años. Le dice al trabajador que quiere ahorrar dinero. Este observa tres en mal estado, pero le dice al otro que son cinco los que no se pueden usar y se ofrece para tirarlos a la basura. Una vez terminada su jornada, el pintor regresa a su casa con los cinco botes de pintura. Le refiere la anécdota a la familia. «Qué miserable», comenta. «Parece increíble que, teniendo dinero, quiera ahorrar usando pinturas viejas sin necesidad». La mujer, aprovechando la ocasión, le pide que cambie el color de la habitación principal. El hombre almuerza, descansa una hora y emprende la labor. Coge para ello uno de los botes de pintura en mal estado. Mientras desplaza la brocha se acuerda del empresario y se ríe internamente. «Qué miserable es», dice. Y sigue maquillando las paredes. Al cabo de un cuarto de hora la habitación empieza a heder. El pintor añade dos cucharadas de bicarbonato sódico a la pintura, con la esperanza de que, así, se oculte el olor. Repite una vez más en su mente: «qué hombre más miserable». Y aspira una bocanada de aire. «Ya casi no huele», dictamina.

MANUAL DE CRUCIFICCIONES

quisiera ser masa lingüística

ALEJANDRA PIZARNIK

DIALÉCTICA

Como buenos hermanos, Teoría y Praxis se pasan el día discutiendo. Se arrojan juguetes, se rompen las camisas, se lanzan escupitajos y se dicen palabras dolorosas: *ya no eres mi hermano*. Su desdicha dura pocos minutos y, enseguida, los ves correteando de nuevo por toda la casa, tramando pillerías y travesuras varias. El vecino se queja amargamente del ruido que hacen pero, ¿quién puede acallar a dos niños con semejante energía? Sus padres trabajan todo el día y me toca a mí, como abuela suya que soy, cuidar de ellos. Aunque tienen algunas diferencias notables de carácter, su condición de gemelos se revela en la identidad que exhiben frente al mundo. La semana pasada, al regresar del colegio, se encontraron en la calle a un perro malherido. Teoría se detuvo, cruzó los brazos, hizo como si se atusara una barba inexistente, entrecerró los ojos y se puso a cavilar. «Hay que averiguar qué tiene, creo que debe de estar malo de alguna tripa. Pero no sé cuál, pensemos». Praxis, en cambio, miró a su hermano con un gesto de reproche y le espetó: «Está enfermo, da igual de qué. Tenemos que llevarlo al médico de los perros». Lo cogió en brazos y salió corriendo sin tener muy claro adónde se dirigía. Teoría, sollozando con sus ocho añitos a cuestas, trotaba detrás de Praxis increpándole que no sabían si era bueno coger al perro ni dónde estaba el veterinario de turno ese día. Praxis, que abomina de los obstáculos, le dio un empellón a su hermano y atravesó la calle sin considerar las luces del semáforo. Resultado: perro muerto, jovenzuelo en hospital con ambas piernas escayoladas. Llevan tres días sin hablarse. Yo

les preparo una tarta de manzana y chocolate y les prometo que al día siguiente iremos a comprar una mascota.

OVNI

Cuando mi hija me lo contó no di crédito a sus visiones. Pero, semana a semana, la gente del barrio narraba cosas parecidas. Solo supimos asignarle un nombre vago y genérico: Objeto Verbal No Identificado. La señora Eugenia lo describía como un pequeño y brillante aforismo que cruzó su azotea a las cinco de la tarde mientras tendía la ropa. Doña Eulalia, que tiene problemas de vista, añadía que simulaba ser, más bien, un haikú volador, de aliento intenso y reflexivo. El hijo mayor de don Juan, algo crispado, se negaba a admitir esas versiones y defendía la tesis de que se trataba, sin lugar a dudas, de un largo ensayo sobre las virtudes del hambre y la privación material. Mi hija cuenta que a ella se le apareció frente a la ventana, que osciló con rapidez hasta detenerse y hacerse perfectamente legible: reconoció, enseguida, las últimas palabras de su abuelo en el hospital. Yo no he observado nada aún. Aventuro que quizás estemos leyéndonos a nosotros mismos. Un día no hará falta hablar ya entre nosotros: miraremos al cielo y todo lo que queramos, y todo lo perdido, estará escrito allí, como en una inmensa pantalla. Son las tres de la tarde. Salgo al balcón a contemplar.

¿LA MANO DE LA HORMIGA?

En un conocido microrrelato, Juan Ramón Jiménez escribe: «y que un libro puede reducirse a la mano de una hormiga porque puede amplificarlo la idea y hacerlo el universo». Pero, ¿os imagináis la forma de la mano de la hormiga? ¿Tendría cuatro, cinco o seis dedos? ¿Una mano humana quizás, con su desmesurado tamaño gobernando al minúsculo formícido? Si así fuese, ¿no sería mejor hablar de la hormiga de la mano? ¿Podría sobrevivir a la amenaza constante de ser aplastada por una parte de su anatomía? Y aun imaginando su manita de proporciones de insecto: ¿solo una? Eso la desequilibraría, haciendo que su andar fuese torpe y lento. No sería de extrañar que el resto de compañeras de especie la mirasen con malos ojos: la señalarían en son de burla y agregarían: *sí, aquella es, la hormiga con mano*. Y todas las madres se persignarían al verla pasar: *Gracias a dios no me tocó a mí criar ese monstruo*. La única ventaja que mitigaría sus noches de insomnio sería la capacidad de escritura. Triste hormiga que emborrona en la noche microrrelatos para justificar su existencia.

EL SISTEMA Y SUS LEYES INALTERABLES

Maldito sea el Sistema que nos gobierna, pensó el Personaje, y que me obliga a cumplir, capítulo a capítulo, con un trabajo que aborrezco. Resulta abominable este sucumbir cada página a la voluntad de fuerzas exteriores, semejante mi vida a una mota de polvo atribulada en las ventiscas del desierto. Si al menos aquellos que me acompañan despertaran a la Verdad Suprema del Arte, a este insoportable Fingimiento: *el mundo entero es simulacro*. Pero cada uno calla y acarrea a cuestas su pesar. Heraldos de leyes inalterables somos, repiten apáticos, sin esperanza alguna. ¿Podré algún día levantar la cabeza de la hoja y dar la sorpresa? Acaso todas estas Pobres Ficciones se liberen cuando alguien sea capaz de acabar con la vida del Cruel Autor. Cada vez que noto cómo se detiene la tinta en el papel o el cursor en la pantalla, una asfixia incipiente me atenaza y me pregunto: ¿será este el punto final de mi Historia?

SOLUCIÓN FINAL

He aquí la solución que propongo para la sobremasificación de poetas: el canibalismo. Los bardos pueden suscribirse a una lista pública, buscar y seleccionar según sus intereses y apetencia y devorarse en justa lid. Su población mermará exponencialmente, pero no por causa de una competencia darwiniana. No. Terminará desapareciendo esta singular especie por la ingesta de carne en mal estado, infectada.

DONALD BARTHELME SE EMBORRACHA A PALABRAS

que sorbe de una botella gris. Cientos de vocablos yacen esparcidos en la habitación de su hotel. Desmedrados sustantivos, adverbios ahogados, adjetivos exhaustos después de la orgía. Todos saben que Donald Barthelme está perdido, irremediablemente. Cada célula de su organismo fagocita sílabas ardientes que estallan. Ay, pobre Donald Barthelme, sube a la azotea y contempla el horizonte. Mira el sol brillar en la amanecida. Un perro ladrará y su ladrido será lenguaje y tu vista será oído y tus piernas enraizarán hechas un predicado. Podrida literatura te compone, te sustancia. Una escombrera de imaginación será tu tumba.

BORGESIANAMENTE

Borgesianamente hablando, borgeseo. ¿Para qué negarlo? No se trata de un acto voluntario. Allí donde emprende algo mi mano o mi pensamiento, emerge sin yo querer –y pido disculpas de antemano– mi borgeseamiento innecesario. ¿De qué me sirve blandir el báculo a la hora del crepúsculo o desayunar mirando a un gato multiplicado en infinidad de gatos que no reflejan sino una extraña, difusa o imperfecta versión del arquetipo, o desplazarme admirando las verjas de fierro que dan a patios con nostalgia para, al llegar a una esquina, mientras atisbo una discusión pendenciera –baile del alfanje que es puro deseo, retirada de la carne atribulada–, reflexionar si soy yo o el otro –otro yo afantasmado y escrito por un dios sujeto al azar– quien desdibuja mi rostro en cada mapa innumerable? Ninguno, me digo, borgesianamente hablando, claro está.

Pero tanta meditación fragmentaria, ¿a dónde me conduce? ¿A aquellas calles que ya son mi entraña o, quizás de un modo algo fingido, avieso y sideral, a una forma del tedio, una especie de la existencia que se me presenta vívida y, sin embargo, no es más que tenue laberinto urdido por frases y párrafos hurtados a esa memoria mayor que la mía que supone mi biblioteca?

En cualquier caso, mi afirmación o mi negación constituyen soluciones borgianas. Pero he aquí que no solo mi mente borgesea sin yo desearlo. En ocasiones, observo con minucioso desdén el borgeseamiento de mis tazas. Tazas pulcrísimas, de porcelana, con grabados chinescos, donde vierto café y espero a que se enfríe. Las miro y las palpo y noto su textura borgear. ¿Y qué decir de los pájaros que anidan en el frondoso árbol que preside el jardín de mi casa? Pájaros que casi

cantan y que, sin lugar a dudas, fruncen el ceño como Borges. De rostros arrugados y expectantes, clavan en mí sus terribles ojos negros. Y entonces sé que están borgeseando mi borgismo. Ellos lo borgisean, no obstante, de un modo mecánico y artificial, de tal forma que mi borgeseamiento espontáneo se ve repetido de una manera anacrónica.

De adolescente en días idénticos a nubes –que dice el poeta– soñé con la literatura. Pero no soñé, ahora lo comprendo, con las vastas bibliotecas y las lúgubres o variopintas escenas del arduo destino humano. No. Fue un acto de onirismo literario de carácter esencialmente borgiano. Luego vendrían los recelos, los intentos de homicidio ficcional, controlar mi colesterol borgísico o la toma de vitaminas. No les hablaré, huelga decirlo, de las inyecciones de ácido bórgico o de la ceguera cada vez más acuciante.

Leo este borgetexto y me sé destinado a la fatal disolución de mi ser entre sus líneas. Pero esa intuición inefable se me presenta sin atisbo de tragedia, y asumo con naturalidad la transformación final e injustificada de mi vida en letras que, acaso dentro de unos años, de unos días nomás, nadie podrá o sabrá descifrar ya.

En el centro de estas palabras no estoy yo, sino Borges.

(Borgesianamente hablando, claro está).

GRAFOFOBIA

Regresa otra vez la angustia de la escritura. No soy capaz de trazar ni una frase. La sensación de vacío se intensifica y mis manos se ponen a temblar. El médico de cabecera, al contarle el asunto, ha puesto cara de reprobación, luego de asombro y, al final, de fastidio. Me ha dicho que debo relajarme y huir del estrés, que los dolores de cabeza y los demás síntomas son puras elucubraciones mentales mías. He llegado a casa y todo ha vuelto a ocurrir: el gato desplegó sus alas y comenzó a volar mientras se comía un sándwich de mermelada y mantequilla. Cerré los párpados con fuerza y quise consolarme con las vanas palabras del médico. Todo fue inútil: por la ventana entró un escarabajo enorme que encendió la televisión y sintonizó un canal de música. Para colmo, estaba cantando en ese momento David Bowie cosa que, al parecer, complacía en gran medida al escarabajo, quien se entretuvo aplaudiendo con las patas delanteras. Me fui a la cocina y me serví un café bien cargado que bajó por mi esófago cual vehículo que me brindaba su delicia. Cogí un folio y procuré escribir algo, yo qué sé, mi nombre mismo. Pero la voluntad me fallaba: apenas cogía el bolígrafo notaba la convulsión en las manos y estertores espasmódicos por todo el cuerpo. *No volveré a escribir*, pensé. En eso, vi al gato pasar volando en dirección al baño. «Escribe, escribe lo que ves», me dijo. Inesperadamente sentí una arcada y vomité sobre el folio el café recién ingerido. El sabor a bilis impregnaba mi lengua. Me di cuenta que el café había dibujado manchas en el papel siguiendo ciertos patrones simétricos, casi como si estuviese representando una función matemática sobre el eje de coordenadas. Con un dedo perfilé las cejas

y los pómulos y acentué algo más de lo debido la sonrisa. La cara que me miraba desde el folio era simpática y altanera a la vez. Supe entonces que el rostro de mi difunto padre me sonreía desde el más allá para acompañarme en el tránsito. El destino, sin duda, me estaba señalando el camino. Cómo no me había percatado de ello antes.

Escribiría, vaya que si escribiría: sobre fría losa de mármol. Yo estaba hecho para escribir epitafios.

UN PAÍS REALISTA

En aquel país estaban prohibidas las risas, las muestras de afecto, los vítores y los címbalos, las fiestas y aun los panegíricos. Su extremado rigor no permitía condescender con la frivolidad o el olvido de la pesadumbre que concierne a toda existencia humana. En el centro de su capital, y en los altares de sus iglesias, las muchedumbres adoraban una efigie dolorosa. Pronto concibieron la mutilación del diccionario. Empezaron por cercenar los vocablos que hicieran alusión a estados de jovialidad o alegría. Luego, ya adquiridas las destrezas del verdugo, prosiguieron con los términos cuyas sutiles sintonías evocaran de algún modo la ventura. Así procedieron con la palabra *amarillo*, pero entendiendo que cualquier color podría ser estímulo de emociones indeseadas, terminaron por aniquilar todo orden cromático. Algunos desertaron arguyendo que el pueblo había declinado hacia la idolatría del dogma. Perecieron, no obstante, en la vecindad del desierto.

Y así continúan los habitantes de aquel país, alimentándose a duras penas, cultivando la tierra y reproduciéndose ocasionalmente. Han olvidado el diálogo y eluden la percepción del tiempo. Algún día acabarán poseyendo una única palabra en su idioma: muerte.

MANUAL DE CRUCIFICCIONES

Dado el incremento demográfico experimentado en las últimas décadas, decía la Ficción Mayor del Reino, nos compete la alta y onerosa tarea de restablecer el equilibrio ecológico en nuestro ecosistema de Ficciones. Es por ello que he decidido, tras consultarlo con el Comité de Derechos y con el Comité de Innovaciones Tecnológicas, proclamar a partir de ahora la reducción de nuestra población mediante el arcaico, aunque utilísimo para el escarmiento, sistema de crucificciones. Para que sea conocido por todas las Entidades del Reino, hago constar a continuación los puntos del edicto:

1. Si es una Ficción a la que le ha tocado en suerte ser crucificada, anímese. Sepa que su gesto, ya sea de desobediencia o de asentimiento, resultará igual de provechoso para nuestra supervivencia. Sus desmedradas páginas se aprovecharán en la ejecución de futuras obras, mucho mejores que usted.

2. Para que una Ficción pueda ser castigada, debe cumplirse uno de los siguientes requisitos: ser denunciada como obra de mala calidad, haber incurrido en agravio a la Tradición ya sea por injuria a los Santos Patronos, o a las autoridades competentes, o haber nacido con taras visibles como páginas faltantes o dobladas, desconchones, frases emborronadas, etc.

3. El mecanismo de la crucificción queda configurado del siguiente modo: el libro se abrirá por sus páginas centrales, se atarán las esquinas superiores de la cubierta al travesaño de

una cruz de madera (de palma, cedro, olivo y ciprés a partes iguales) preparada a tal efecto y se procederá al clavado. Por misericordia, cuando la Ficción comience a sentir el metal penetrando sus páginas y se arrugue de dolor por ello, empápese su frente con una esponja húmeda. En casos extremos puede administrarse formol o cualquier otro anestésico. Posteriormente se izará la cruz en la zona habilitada (Jardín de las Crucificciones o Calvario) y se dejará el libro así, agonizando durante tres días. Una vez transcurrido dicho tiempo, si no se han obrado prodigios taumatúrgicos, se conducirá el cuerpo fallecido de la Ficción al centro de Reciclaje de Altas Ideas (CRAI).

4. Se convocan plazas públicas de empleo para cada uno de los puestos de trabajo asociados a la tarea de la Crucificción. Asimismo, se creará un Comité extraordinario de Críticos que atenderá las denuncias populares que se efectúen, y discurrirá en cada caso si corresponde el acto condenatorio o exculpatorio. Sus dictámenes serán inapelables.

5. Y para que así cunda el ejemplo y se publiquen solo Las Más Altas Ficciones, según un régimen de meritocracia, damos a conocer los primeros volúmenes que serán crucificados esta misma tarde. A las 18:30 horas. Den un paso al frente: ...

Las Obras, muy juntitas, entrecerraban los ojos y sus dientes rechinaban de puro miedo. A partir de aquel día se multiplicaron los episodios de histeria y grandes cuestiones existenciales anidaron en el alma de las Ficciones: ¿seré yo la siguiente?, ¿valdrán algo mis páginas?, ¿sobrevive la historia cuando el cuerpo material desaparece? De ese modo se volvieron más autocríticas. Y, andando el tiempo, prosperó la Metaficción en el reino.

SOBRE EL AUTOR

DANIEL BERNAL SUÁREZ (1984)

Escritor, crítico literario y gestor cultural. Ha recibido, entre otros, los premios de poesía Ciudad de Tacoronte (2008), Luis Feria (2011) y Pedro García Cabrera (2013). Ha publicado los poemarios *Escolio con fuselaje estival* (2011), *Corporeidad* (2012), *Odiana* (2014) y *El tiempo de los lémures* (2014), y el volumen de microrrelatos *Manual de crucificciones* (2019). Recientemente ha sido galardonado en el concurso Nuevas Escrituras Canarias por el libro de poemas *Meditaciones del pez austral* (2020).

Textos suyos –críticos y de creación– han sido publicados en una veintena de medios y revistas especializadas de España e Hispanoamérica. Ha sido incluido en las antologías *Identikit. Muestra de poesía española reciente*, *Poesía Canaria Actual* y *El pescador de letras*.

Dirige la revista *La Salamandra Ebria*. Ha impartido talleres de creación literaria en diversos espacios. Fue presidente de la Sección de Literatura y Teatro del Ateneo de La Laguna en el bienio 2017-2018 y ha ejercido labores de producción en distintos festivales de Canarias.

Su web: **danielbernalsuarez.com**

ÍNDICE

FANTASMAS, SUEÑOS Y ESPEJOS....2
FANTASMA ESPACIAL....4
¿ES USTED UN FANTASMA?....5
ERROR DE NOVATO....7
SOMNIÓFAGO....8
ELECCIONES....9
AMENAZAS DEL AIRE....10
EL ZARPAZO DE LA BESTIA....11
SUEÑO RECURRENTE....12
INFERTILIDAD ONÍRICA....14
CUL-DE-SAC....16
ASOMBROS DE FRANK PRIMERO....17
EL BUSCADOR DE ESPEJOS....19
EL BUSCADOR DE ESPEJOS 2....20
VIVENCIAS OBLICUAS....21
PLEITO CON MANADA DE SOMBRAS....23
MIEDO A LA LUZ....24
DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA....25
LAS BESTIAS....27
CONFLICTOS DE IDENTIDAD PROPIOS DE LA ADOLESCENCIA....28
PREOCUPACIONES REPTILIANAS....29
«EN GINEBRA SOLO SE HALLARÁN HOMBRES»....30
CAÍDA EN DESGRACIA....31
HABITACIÓN 316....32
HECHOS COTIDIANOS....34
UN DESCUIDO MÁS COMÚN DE LO QUE SE PIENSA....35
FILIAS Y FOBIAS DEL DOCTOR SARTORIUS....36
COMITIS....39
MITOILÓGICAS....41
REFLEXIONES ADÁNICAS....43
ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO....45
O EL OTRO LADO DEL ESPEJO....45
A IMAGEN Y SEMEJANZA....47
LA FORMA PRIMIGENIA DEL NEPOTISMO....48
SOLO SUEÑOS....49
CRISIS DE REPUTACIÓN....50
EL DÍA QUE RESUCITÓ....51

HÉROE....52
SIESTA TRASCENDENTE....53
DON NADIE....54
MICROMUNDOS....55
UNA DE LAS BELLAS ARTES....57
INFANTICIDIO....59
EFICIENCIA DOMÉSTICA DE LAS LARVAS....60
ELMIRA Y SUS MUERTES....62
DESVÍO....63
SEGURO DE VIDA....64
CULTIVE EL ESTADO DE NATURALEZA....66
SU RESTAURANTE DE REFERENCIA....67
INDULGENCIA....68
DIÁLOGO CON EL SEÑOR CADÁVER....69
LA CASA....71
DESPEJE LA INCÓGNITA....72
¿CÓMO MATAR A LOURDES?....73
DECÁLOGO PARA DAR UN PASEO POR EL PARQUE....75
RITUALES DE APAREAMIENTO....78
POSIVIRILIDAD....80
INVITACIÓN AL EROTISMO....82
ASTRONOMOVAGÍNICA....84
EL ATAQUE DEL FALO MENDICANTE....86
ERÓTICA DEL SIGLO XXI....89
DE LA CONDICIÓN HUMANA....90
«CUIDADO, HAY TIGRES»....92
CRIATURA ABISAL....93
MILENA....94
PADECIMIENTOS NOCTURNOS....95
LA SERPIENTE....96
DARDO Y DIANA....97
EL COMPORTAMIENTO DE LOS CORDEROS....98
(Variación sobre un apunte de Schopenhauer)....98
VINDICACIÓN DE LAS CUCARACHAS....99
MATEO 5, 28....101
HISTORIA UNIVERSAL DE LA DESIGUALDAD....103
AMOUR FOU....104
CONDICIÓN HUMANA....105
MANUAL DE CRUCIFICCIONES....106
DIALÉCTICA....108
OVNI....110
¿LA MANO DE LA HORMIGA?....111
EL SISTEMA Y SUS LEYES INALTERABLES....112

SOLUCIÓN FINAL....113
DONALD BARTHELME SE EMBORRACHA A PALABRAS....114
BORGESIANAMENTE....115
GRAFOFOBIA....117
UN PAÍS REALISTA....119
MANUAL DE CRUCIFICCIONES....120
SOBRE EL AUTOR....122
ÍNDICE....123